

LOS BUSCA-VIDA.

NOVELA DE COSTUMBRES.

CAPÍTULO PRIMERO.

UN PUEBLO DE INDIOS.

I.

El pueblo de indios es una pequeña aldea situada entre el desierto de Atacama y la ciudad que lleva este nombre. La población está formada por unas cuatrocientas cabañas en un valle estéril, cuya naturaleza pesa como una mano de bronce sobre el corazón del hombre que no ha nacido entre aquellas arenas o que no ha visitado en todas estaciones aquellos cerros que parecen llevar sobre sí un luto eterno. Ni una planta, ni un arbusto verde adorna las oscuras cimas; solo de cuando en cuando aparecen, como momias de pasados siglos, algunos árboles secos para aumentar aun más la tristeza que infunden las gigantescas colinas cruzadas de vetas minerales.

Allí, en aquel valle, encajonado por los cerros, aislado del todo, perdido, puede decirse, en el desierto, ha permanecido este resto de los aborígenes de esas comarcas. Así no es extraño se hayan conservado allí hasta ahora poco, las costumbres, tipo y jenial carácter del primitivo indíjena.

II.

El descubrimiento de las colosales riquezas encerradas en las entrañas de los cerros de Atacama trajo a los habitantes del pueblo de indios una luz civilizadora.

Teniendo a su espalda el gran mineral de Chañarcillo, y al frente una ciudad industrial y próspera como la de Copiapó, forzoso les fué al fin a los desgraciados indios sobreponerse al justo tradicional horror que les inspiraban los rostros pálidos, y despojarse de su nativa terquedad.

Una de las vías principales para el transporte de los productos minerales atraviesa por el pequeño pueblo: la vista de las tropas

cargadas de tesoro, el ruido de los coches de viaje, que hacia ya estremecer aquel tranquilo suelo, destinado mas tarde a sostener la línea férrea, y más que todo, el vario aspecto de los numerosos viajeros que lo traficaban diariamente, acabó por familiarizarlos y extinguir en ellos el odio que conservaban por la raza española.

III.

Hacia cincuenta y ocho años que un indio de una tribu de Bolivia habia llegado a ésta, y, habiéndose casado en el pueblo, formó parte de la familia indiana.

Godileo, que es el nombre del indio, habitaba con su mujer y dos hijos en un casucho de esta apartada aldea. Godileo pasaba entre su tribu adoptiva por el mas sabido y valiente. Su vigoroso desarrollo físico, sus fuerzas hercúleas, le habian constituido en una autoridad; pero este indio no abusaba en perjuicio de los suyos de las ventajas con que lo dotó la naturaleza; nó, era allá en los desiertos, en las serranias, donde Godileo se mostraba terrible luchando cuerpo a cuerpo con las fieras, y en las pampas entregado a la caza de *Ulamas* y arrojando años enteros los peligros de una vida salvaje.

Los años, y más que todo, el poderoso iman de la familia, que atrae y rinde a las naturalezas, por salvajes que sean, hizo que el indio dejase sus montaraces costumbres por la vida mas tranquila del leñador, que es en la ocupacion en que lo encontramos a la época en que tuvieron lugar los hechos que vamos a referir.

IV.

Era ya entrada la noche: Mónica, mujer de Godileo, tejia un *chamal* a la luz de una fogata; Gala, su hija, molia el maiz para la cena. Gala era una india de veinte años, de color pálido oscuro, frente estrecha e invadida por una espesa cabellera negra, ojos del mismo color, labios abultados y graciosamente recojidos, mirada franca y espresion bondadosa. Madre e hija vestian una pollera corta de lana, tejida por ellas mismas. La parte superior del cuerpo la cubrian con un petillo de percal rojo, y tanto los piés como los brazos los llevaban desnudos, apesar del intenso frio del mes de junio.

—Gala, dijo la india a su hija, sin interrumpir su labor; arrima la pierna de cabrito al fuego, que ya vendrá tu padre.

—¿Dónde habrá ido a leñar padre que tanto tarda! exclamó la muchacha apresurándose a obedecer. Mientras mas veces se pone el sol, mas escaso se hace el palo: ¡ya se ve; hai tantos pobres como nosotros que viven de su venta!

—No tanto como nosotros, hija. Si tu padre, como lo temes, no pudiera cortar *chañar*, siendo la mejor leña y la sola que nos queda, no sé cómo haríamos para mercar pan y maíz; y todo porque los señores blancos se han hecho dueños de los campos, de los árboles y hasta de las piedras que esconde la tierra!

—Quizas padre haria bien, se aventuró a decir Gala. Han puesto multa al que corte un *chañar* de la hacienda.

—Los tiempos no mejoran! exclamó la madre suspirando. Los españoles de hoi se asemejan a los que encadenaron y oprimian a nuestros abuelos. Muchos soles y muchas lunas han pasado desde el dia en que, compadecido del duro tratamiento que se nos daba, el rei eximió a sus indios de la encomienda. Mas ya era tarde! Nada o mui poco hemos mejorado. Envilecidos, errantes, con el corazon lleno de lágrimas, sin techo ni pan, ¿qué uso harian de su libertad los que antes habian sido dueños y señores de esta tierra?

El ladrido de un perro interrumpió a la india.

—Ya están aquí, exclamaron a la vez las dos mujeres.

En efecto, Godileo, acompañado de su hijo Silo, entró a la cabaña.

V.

Era Godileo un indio de rostro atezado, surcado de hondas arrugas, sin barba, a no ser que se le dé este nombre a unos escasos pelos blancos que llevaba hácia la estremidad del rostro. Su cabeza, calva en la parte superior, mostraba hácia la nuca una gruesa trenza, aun de color gris. Su estatura era gigantesca, anchas sus espaldas, el pecho fornido, la mirada viva y penetrante. Debia contar largos años a juzgar por su cuerpo ya algo inclinado y lo tardo de su paso.

En cuanto a Silo, que parecia mayor que Gala, reflejaba en su indiana fisonomia toda la vivacidad del indíjena unida al estúpido candor que imprimen la ignorancia y la miseria.

—Gala, ayuda a tu hermano a descargar, dijo Godileo tirando unas andrajosas alforjas en un rincon y acercándose a la lumbre. Y tú, mujer, dame la cena, añadió, que la jornada ha sido larga y el trabajo duro.

—Han demorado tanto en este viaje, que creí habían bajado al desierto en busca de monte, dijo la india socarronamente, poniendo en un banco de piedra una fuente de barro llena de maiz molido y cuatro panes de harina candeal.

—Nó, contesto Godileo, partiendo con satisfaccion uno de los panes. No hemos bajado; nos hemos encumbrado a unas cimas trabajosas para un viejo como yo. A fé que les ha de costar a los cateadores el poner un talon en aquellas puntas.

—Parece haberles entrado fiebre a las jentes de los poblados, que se desatan en bandadas a tomar los aires en estas serranias, dijo Mónica.

—Así, mujer, te he visto a tí dias enteros en los páramos calcinados por el sol, hollando las arenas para desenterrar papillas que con tanto gusto comian nuestros pequeñitos; así, digo, esos hombres que tú ves desparramados por estos alrededores arrostrando los rigores del tiempo y buscando los tesoros que se ocultan bajo esta tierra, quizá tengan tambien pequeñuelos a quienes alimentar.

—Bien podian dejarnos en paz, que harto tienen ya. Ellos viven bajo hermosos techos donde no penetra el sol ni la lluvia; ellos tienen adornos brillantes y vestidos siempre nuevos; ¿qué les falta, pues?

—Calla, mujer! yo he vivido algunas horas en poblado, y en tan corto tiempo he visto muchas cenizas que el fuego, dias há, no habia calentado; he visto rostros angustiados por la necesidad; he visto niños que pedian pan y madres que lloraban por no poderse-lo dar: y éstos no eran pobres como nosotros, nó; los he visto con trajes brillantes y pisando en telas mui blandas y sentarse en asientos mui bellos. Mira, tú sabes que no tengo el corazon de nata, pero me he sentido mal al ver aquello... Pasa el cabrito, mujer. Pero, ¿qué estás buscando?

—Una piedra, contestó Mónica, para asentar este cántaro.

—En mis alforjas hallarás unas.

La india se dirijió a éstas, y tomó dos grandes piedras que colocó en el fuego, poniendo en seguida encima de ellas un jarron de barro lleno de leche de cabra.

Gala y Silo entraron en ese instante y se sentaron a cenar junto a su padre. Poco despues el indio y su familia reposaban en ese sueño tranquilo y feliz que solo es dado al pobre disfrutar.

VI.

Al amanecer del siguiente día, cuando aun las estrellas no eran del todo apagadas por la tenue claridad del alba, un hombre se apeaba de un caballo flaco, y al parecer estenuado, a la puerta de la cabaña de Godileo.

Largo rato hacia que la familia del indio estaba en movimiento y que Gala y Silo habian marchado a la ciudad tras de sus burros cargados con la leña que debian vender en ese día.

—Buen día amigo, dijo el viajero al desmontarse.

—Asi se los dé Dios a usted, contestó el indio, sacándose por deferencia un bonete lacre que cubria su cabeza, distincion entonces del minero, pero que él llevaba por costumbre.

—Me dareis permiso para descansar aqui y tomar un *mate*?

—Cómo nó, señor! ¿Cuándo esto se niega en el *ranchito* de Godileo? Entre usted.

—Qué horrible frio! exclamó el desconocido, atando la rienda de su caballo a una caña que sobresalía del techo; luego agachándose cuanto pudo, entró. Mónica, que habia oido nombrar el *mate*, corrió hácia el hogar, y con unos cuantos soplidos formó una hermosa fogata. Godileo acercó su banco al huésped, el que se sentó junto a la cumbre.

Era este un jóven como de treinta y cinco años, aunque representaba mayor edad porque poseia una de esas fisonomías demacradas sin parecer enfermizas, sello que imprime en el hombre, o el asiduo trabaja, o una vida de agitacion y de desórden. Sus cabellos largos y rubios los llevaba con gracioso descuido. Sus ojos eran de un oscuro azul. No usaba patilla ni bigote, y su cutis, blanca en otro tiempo, estaba tostada por los aires de Atacama. Llevaba sobre sus vestidos una fina y larga manta, que solo dejaba ver la parte inferior del pantalon, ajustado a unas botas de campo pardas de polvo y roidas por el uso.

Unas grandes espuelas de plata y un sombrero de paja blanca y fina completaban el traje del recién llegado.

—¿Va usted a las minas, señor? le preguntó el indio.

—Vengo de un largo *cateo*.

—Y ¿cómo anda la suerte? Dicen que todos los días se hacen nuevos descubrimientos.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

No quiero tus treguas ¡oh! mónstruo; adelante!
 Mi altiva entereza no harás sucumbir;
 Catástrofes siembra, nada hai que me espante;
 Mas rudas tormentas me has visto sufrir.

Terrífico ajita tu eléctrica hoguera,
 Potente derriba mi débil mansion;
 A un alma que sufre, que nada ya espera,
 Temblores de tierra, qué valen! qué son!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

LOS BUSCA-VIDA.

NOVELA DE COSTUMBRES.

(Continuacion.)

—Ah! el señor no es del país?

—Nó, he venido atraído por la fama de las minas, y aunque la vida que llevo aquí es la de Satanas, he jurado vencer o morir en el campo de batalla.

—Segun parece, usted es mui minero, señor.

—Tan minero soi ahora como militar era tres años há. Conozco ya las calidades de las vetas tan bien como conocia entónces los vicios de mis soldados. Pero, la vida de militar en tiempo de paz es mas tranquila que ésta. Aquí se vive en continua ansiedad, como si siempre estuviésemos en víspera de dar batalla o de tomar una plaza por asalto.

Mónica entre tanto habia preparado el *mate*, y se lo presentó al huésped con respetuoso encojimiento. Gracias, le dijo éste; y llevando la bombilla a la boca, prosiguió con mayor animacion su interrumpida charla de minero.

—Como le iba diciendo, dijo dirijiéndose a Godileo, el demonio de la ambicion entra por todos los poros del cuerpo, una fiebre maligna se apodera del corazon y lo hace a uno soñar que está pisando sobre piedras de plata maciza.

—Un dia, nada menos, he desenladrillado el piso de mi cuarto siguiendo el rumbo de una veta que me pareció le atravesaba desde el patio.

—¡Vaya! Vaya! dijo el indio.

—Esto es nada, interrumpió el huésped, chupando con mas ahinco su sabrosa bebida y dando sorbo tras sorbo hasta que arrancó ese sonido ronco por el que avisa el estenuado mate que el vacío se ha hecho en sus entrañas. Entrado así en calor, y como si se le hubiese tocado la cuerda sencilla, el jóven, preparándose para contar su vida entera, sacó un cigarro, se inclinó a encenderle y al punto retrocedió asombrado.

—¿Qué sucede? dijo Godileo, poniéndose de pié.

—¿Y esas piedras? exclamó el jóven, indicando las dos que en la noche anterior habia Mónica arrimado el fuego, mas no ya terrosas y negruzcas como Godileo, las recojió del cerro, sino pulimentadas como dos joyas preciosas.

El indio se puso boca abajo como para examinarlas, y viólas en parte derretidas. Varios glóbulos y figurillas caprichosas, a manera de filigrana, adornaban los cortornos de aquella pasta hirviente tan maravillosamente trasformada por la accion del calor.

—Son de plata, respondió el indio tranquilamente. Las separó de fuego y vació sobre ellas un cubillo de agua.

El jóven, que ya habia concebido la ilusion de un gran descubrimiento, tomó una de las piedras todavia humeante y salió fuera para examinarla.

El indio le siguió con la otra.

—¿De donde las ha traido usted, amigo?

Godileo no respondió.

—Por favor, hable usted, insistió aquel con voz suplicante.

—Oiga usted, caballero, dijo el anciano, dejando caer la piedra a sus piés. Hai entre nosotros indios una costumbre, esto es, una lei, señor, que hasta el dia nadie se ha atrevido a quebrantar: el indio que descubra un tesoro, sea *huaca*, sea mina, sea lo que fuere, debe ocultarlo mas allá de la vida, llevárselo con la muerte; y esto, señor, para que los españoles no le encuentren jamas.

—Y que piensa usted hacer? articuló desalentado el viajero.

Godileo se encojió de hombros desdeñosamente y dijo:

—Nada.

—Y dejará usted, esos veneros perdidos, despreciando asi la bondad visible de la Providencia? Nó, hombre, usted no hará eso; usted tiene hijos, vive en la miseria. ¡Seria una indolencia, una locura!

No quiero esponer a mis hijos, contestó pausadamente el in-

dio, a los peligros que acarrea el oro. Ellos serian víctimas de la codicia de los hombres. No formados para vivir en los pueblos como señores, perecerian a la manera de esas *vicuñas* salvajes a quienes se aprisiona para trasportarlas lejos del desierto, o caerian como ellas en los lazos que la codicia tiende a la opulencia; y un dia tal vez, pobres y desgraciados, vendrian a ocultar sus lágrimas en la choza del indio Godileo.

Nuestro jóven perdió toda esperanza.

—Está bien, dijo maquinalmente y como revolviendo una idea en su imaginacion. Luego montó a caballo y se alejó lentamente.

Godileo le siguió con su mirada firme y serena. Cuando lo hubo perdido de vista, llamó a Mónica y la dijo con esa voz del que está acostumbrado a ser obedecido:

—Mujer, lo que ha pasado aquí no lo sabrán ni tus hijos, ¿lo entiendes?

Mónica hizo un signo afirmativo.

—Ahora, entierra esas piedras: la juventud es indiscreta! murmuró el indio entrando en su cabaña.

CAPÍTULO SEGUNDO.

EL PUERTO VIEJO.

I.

Tal era el nombre con que se conocia el antiguo puerto de Copiapó, aun antes que fuese habilitado el nuevo que hoi se llama Caldera.

Esé puerto de bahia estrecha y peligrosa era una miserable caleta; mas esta caleta fué la puerta por donde penetró esa grande inmigracion que se desprendió de todos los puertos de América y Europa en los primeros años de la presidencia del jeneral Búlnes, atraida por las valiosas minas de plata, oro y cobre que dia a dia se descubrian entonces en los cerros de Copiapó.

Esta aura de riqueza y la afluencia de embarcaciones que allí arribaban tenian siempre en movimiento y con un humor de fiesta a la pequeña poblacion del Puerto Viejo. Por todas partes se veia carpas improvisadas que las olas acariciaban mansamente, y donde

los viajeros, de tránsito hácia los minerales, encontraban toda clase de comestibles y licores esquisitos.

Aquí aparecía de repente un edificio en que el albañil no habia puesto mano, porque el laurel y el alerce lo habian hecho todo; allá se veia un grupo de artesanos armando un hotel fabricado desde su base hasta el techo en los talleres de Valparaiso.

Así, aunque el vapor todavia no cruzaba las aguas del Pacífico ni la locomotora acertaba la distancia entre los pueblos, ya en aquel último rincon de Chile se dejaba sentir esa movilidad incesante, esa inquietud comunicativa, esa ansiedad eléctrica que infunden, en la vida de los pueblos, el vapor, los trenes y el telégrafo.

A mas de la ensenada principal, posee el Puerto Viejo varias caletillas, graciosos retretes formados por el trabajo constante de la marea desde siglos remotos. Sus pequeñas playas varian de forma y aspecto aunque solo distan pocos pasos unas de otras. Ya os admira en ésta la prodijiosa belleza de los menudos caracoles, ya en aquella los dorados matices de inmensas conchas; ya pisais en otra sobre pequeñas piedras admirablemente bruñidas por las olas, ya la límpida y brillante arena de aquella otra os invita a reposar y a dar grata expansion al alma. Algunas de esas ensenadas se comunican entre sí por boquerones abiertos, por el golpe de la ola, en grandes rocas donde la concha se ve incrustada en el granito.

En ciertas estaciones del año, los *changos*, que es el nombre que se da en el Norte a los hombres que viven de la pesca, hacen sus balsas y tienden sus redes en estas silenciosas ensenadas.

II.

Era el mes de agosto. En una de esas tardes que solo se dejan ver en el Norte de Chile, diáfanas y calmadas, como lo son las mañanas y las noches, una vela se dibujaba en el horizonte. Bien se podia distinguir que avanzaba, pero lentamente. Sobre la cresta de una empinada roca se veia dos figuras humanas de pié e inmóviles: eran un hombre y una mujer.

Ambos contemplaban aquel punto blanquecino iluminado aun por la débil luz del último crepúsculo. Mucho tiempo debieron permanecer así, en silenciosa observacion, porque cuando el hombre apartó su vista de aquella vela ya era casi de noche.

—El capitán de puerto no ha visto, sin duda, este barco, exclamó el hombre, cuando no hace salir un bote a su encuentro.

—De seguro, contestó la mujer, sin dejar de mirar hacia el mar.

—¡Qué imprudencia! ¡Mira! ¡Pues no va arrojarle a pasar de noche por la *Punta de Lobos*? Lucia, el corazón me avisa que esa barca va a peligrar.

—Nó, Martín, pronto saldrá la luna, y no es la primera vez que un buque entraría al puerto de noche.

—Sí, fácil es evitar el peligro cuando se conoce; pero la dirección que trae me hace sospechar que es la primera vez que ese capitán arriba por acá. Voy a dar aviso al puerto. Y diciendo esto, el hombre saltó de la roca y desapareció.

—Sí, mi buen Martín, anda, que no pese sobre nosotros una desgracia.

El hombre iba ya lejos. Ella bajó también y se internó entre las peñas.

III.

Lucia y Martín eran dos pobres *changos* de aquellas costas. No sabríamos decir dónde residían, porque en el año cambiaban muchas veces de morada en busca de pesca abundante. En estos días tendían sus redes en un espacio solitario de la rada del puerto, y habitaban entre esas bellas ensenadas de que hemos hecho tan grato recuerdo.

Muchos otros pescadores debían tener allí sus guaridas, porque a medida que la noche avanzaba aparecían acá y allá, como estrellas de la costa, las luces de muchas fogatas.

Lucia se dirigió a uno de estos focos, al más lejano y menos luminoso. Un *torito*, así llamado porque es hecho de un cuero seco de mula, colocado boca abajo en tierra y en forma de carpa, lo que le da la apariencia de toro, debajo del cual solo había espacio para tres personas, servía de albergue a Lucia, su marido y cuatro niños: el mayor contaba doce años; el último era aun de pecho.

A la puerta de esa roca jugaban los niños al *salto del fuego*, juego peligroso que consistía en saltar la llama del fogón. Esta, en verdad, no era muy alta, mas algunos de entre ellos eran muy pequeños. Entre tanto, el menorcito, rendido de llorar de hambre o de frío, se había quedado dormido sobre la arena, descuidado por su hermana mayor.

Esta, que apenas tenía seis años de edad, al ver llegar a Lucia

corre a alzar a la criaturita, mientras los demas se desbandan gozosos al encuentro de su madre.

Lucia, que iba preocupada, solo les dijo al verlos:

—¡Bien podian haberse quemado!

Esto habria sucedido, seguramente, si los pobrecitos hubieran usado ropa; mas solo tenian por vestido una camisa corta y en jirones.

—Juanillo, dijo Lucia, dirijiéndose al mayor de sus hijos; ayúdame a tender las redes.

El muchacho jiró uno de los extremos de la red hácia la orilla de la playa, mientras su madre arrastraba, a la vez, una balsa. Luego que balsa y red estuvieron prontas, madre e hijo se sentaron dentro y se deslizaron sobre las aguas.

La *balsa* del *chango*, asi impropriamente llamada, es la embarcacion mas orijinal y peligrosa de las costas de Chile. Se compone de un cuero de lobo en forma de chalupa, y de sus costados sobresalen dos alas del mismo material infladas y redondas.

De este modo, la piragua vogando presenta la apariencia de un gran pájaro marino. El espacio que ofrece al pescador en su fondo es corto e incómodo. Sin embargo, con frecuencia se ve *changos* ir y venir del puerto de Copiapó al de Cobija, en Bolivia, en estos débiles bongos.

A distancia de dos cuadras arrojó Lucia su red. En seguida hizo virar la balsa hácia tierra, viniendo ésta como flecha a encallar en la arena. Luego ató fuertemente a una peña el otro extremo del cordel que sostenia la red en el mar. Cuando se dirijia al grupo que formaban sus hijos, oye tras ella la voz de Martin y ruido de remos.

IV.

—Lucia! gritó éste sin desembarcar. El capitan de puerto me envia a dar el alerta al buque: no estés con cuidado.

—¡Cuántos van? gritó a su vez ella.

—Un guapo mozo y yo.

—Pocos! dijo Lucia para sí, mirando alejarse el bote.

En ese instante la luna llena, plateada y clarísima, rielaba sobre la superficie de las aguas.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará).

LOS BUSCA-VIDA.

(Continuacion).

CAPÍTULO TERCERO.

LA PUNTA DE LOBOS.

Lucia, que antes estaba inquieta por el riesgo que aguardaba a la nave, ahora principiaba a estarlo por el peligro que pudiera correr su marido. Hizo recoger a sus niños, y seguida de Juanillo, subió a la peña donde antes la hemos encontrado.

—¡Dios mio! exclamó. ¡Cuán cerca se halla del peligro! El bote no llegará a tiempo. ¿Lo ves tú, hijo?

—Nó, madre, nada veo, contestó el niño rastreando con la vista el espacio.

En efecto, el buque habia avanzado mucho desde la tarde, a pesar de la completa calma que reinaba en el puerto. Esto era todo lo que se alcanzaba a distinguir, calculando la distancia por la luz del farol de proa.

—Vamos allá en la balsa! exclamó el niño.

—Sí, hijo mio, vamos!

Tiene el corazon de su padre! dijo para sí Lucia abrazando a su hijo, y ambos se dirijieron a su canoa.

Nada era mas peligroso para el capitán de buque que por primera vez entraba en el Puerto Viejo, que el paso de la Punta de Lobos. Este islote, que dista algunas millas de ese puerto, se levanta como un morro sobre la superficie del océano y se estiende a la vista del navegante como cuadra y media, dilatándose el resto bajo de las aguas en numerosas ramificaciones. Asi es que las olas pasan sobre esas rocas traidoras sin dejar ni la mas leve espuma que indique al marino la proximidad del peligro. Por mui conocido que sea este paso a los diestros pilotos, siempre se juzga una imprudencia el atravesarlo durante la noche.

Tan próxima del islote debe pasar la nave que por allí cruza cautelosamente, que los pasajeros desde la cubierta pueden ver la variedad de pájaros y lobos marinos que lo pueblan abundantemente.

Razon tenia Lucia en alarmarse por la suerta del buque al cual el práctico Martin habia ido a ausiliar. Era esta embarcacion una hermosa barca chilena llamada la *Bella Margarita*, salida de Valparaiso con cargamento de víveres para las minas de Copiapó.

Los pasajeros reflejaban ya en sus semblantes el placer que se siente cuando se toca el puerto deseado. Servíase el té en la cámara, cuando el capitan fué llamado sobre cubierta. A poco bajó y dijo con cierta satisfaccion mezclada de orgullo.

—Acabamos de pasar la Punta de Lobos.

—A qué hora entraremos al puerto? preguntó un pasajero.

El capitan consultó su reloj y dijo:

—Dentro de tres cuartos de hora, a las nueve y minutos. ¿Pien-san ustedes desembarcarse esta noche?

—Oh! sí, sí! dijeron todos a la vez.

En el mismo instante se sintió un crujido espantoso precedido de un balance que echó por tierra hombres, lámparas, loza y cuanto habia a bordo.

II.

El capitan subió al punto a la cubierta; al paso encontró al contra-maestre.

—Señor, una roca!..... estamos sobre una roca!.....

El capitan corrió al timon..... ya era tarde, el buque habia en-callado y hacia agua.

—Todo el mundo a la maniobra! gritó el capitan con voz de mando.

Este grito, repetido de boca en boca, hizo el efecto del *sálvese quien pueda* de una derrota. La confusion y el espanto se apodera-ron de todos: los clamores de las mujeres y los gritos de los pasaje-ros que pedian botes, ahogaban la voz de mando del capitan.

—Todos a las bombas! gritó éste con mas fuerza, y puso fuego a la mecha de un cañon de ausilio; mas en vano: el agua habia moja-do la pólvora.

En ese instante supremo, dos hombres, como dos jénios salidos de las aguas, treparon al buque.

—Capitan, dijo uno de ellos: no hemos llegado a tiempo, pero podemos ser útiles: traigo un bote; ordene.

—Salve a los pasajeros, contestó aquel rápidamente, y dió orden de echar botes al agua.

Al oír esta orden creció el pánico. Todos se creyeron perdidos. En el acto, dos jóvenes de porte elegante que durante los rápidos momentos de angustia habían permanecido juntos asidos del brazo, se arrojan al mar, talvez atolondrados o ilusionados por la proximidad del islote.

En esa parte el agua es correntosa y las olas gruesas.

Momentos despues se oyó un clamor penetrante..... luego otro aun mas desgarrador!

Martin, como herido en el corazon por aquel alarido, miró azorado en todas direcciones y vió a pocas varas del buque la balsa de Lucia.

—A mí! a mí un bote! exclamó con desesperacion, arrojándose impaciente a nado.

Martin era propiamente un habitante de las aguas. Dominaba ese elemento: buzo y práctico de esa costa, no nadaba, mas bien corria sobre la superficie del mar. Tenia la maña del pez para resistir y cortar las olas correntosas.

Tarde fué el compañero en su auxilio con el bote de la capitania en que ambos habían venido. La multitud que se le había agolpado para salvarse le impidió acudir a tiempo.

Pronto llegó Martin a todo nadar a la balsa de Lucia. Buscó inquieto a su mujer, no estaba allí... solo había un hombre desconocido en la balsa! ¿Qué había sucedido?

III.

El desgraciado pescador lo comprende todo de un golpe y en el acto se sumerge bajo las aguas.

En el mismo momento dos cabezas asomaron a la superficie: eran las de Lucia y su hijo, que al punto fueron salvados por el bote de la capitania.

A poco reapareció Martin, sosteniendo en su brazo izquierdo un cuerpo al parecer exánime.

—Lucia! Lucia! repetia Martin al deponerlo en la balsa.

Cuando se apercibió que no era el cuerpo de su mujer el que traía, el infeliz lanzó un rujido de cólera.

—¡Demonios! exclamó. No hai tiempo que perder!

Iba de nuevo a sumergirse, cuando oyó gritos de ¡Martin! ¡Martin! que salían del bote de la capitania.

Era Lucia, que creyéndolo en alguna de las embarcaciones sal-

vadoras que con multitud de náufragos se alejaban hácia el puerto, le llamaba en esa direccion.

—Lucia! gritó a su vez Martin, trepándose a duras penas a la balsa rendido de fatiga. Lucia le vió, hizo atracar a ella el bote de la capitania y se trasbordó con su niño. Su primera impresion fué estrechar entre sus brazos a su esposo; mas, al ver el cuerpo del jóven pasajero que Martin habia salvado y depositado allí, exclamó:

—¡Dios mio! muerto!

—Aquí tambien Juanillo? dijo Martin en tono de reconvencion al reparar en el muchacho.

—La culpa es mia, dijo Lucia. Cuando comprendí que no llegarías a tiempo para evitar la pérdida del buque, dije: “voi allá; puedo ayudar a Martin.” Juan lo deseaba como yo. Gracias a la luna pudimos distinguir desde lejos lo que pasaba; nos apresuramos cuanto nos fué posible, pero una mujer y un niño bien poco sirven. Esto diciendo, mostraba conmovida al jóven exánime.

—Esto no será nada, contestó su marido, dando una posicion mas cómoda a aquel desgraciado, mientras que Lucia se esforzaba por darle los socorros del caso.

—Y bien, dijo Martin dirijiéndose a ésta, qué sucedió?

—Cuando me acercaba al buque, prosiguió Lucia, ví a estos caballeros que luchaban contra la corriente, remé récio y tomé al señor, y ¡oh qué horror! exclamó la pobre mujer sin atreverse a proseguir.

—Y... dijo Martin, disimulando apenas su emocion.

—Lo que pasó despues, exclamó el caballero, mudo testigo hasta entonces de esta rápida escena, es lo siguiente: este niño tendió la mano a mi amigo, quien en su angustia de ahogado lo arrastró consigo. Al ver caer a su hijo la señora se arrojó al agua. Todo esto pasó tan rápido que no tuve tiempo ni de verlo: solo oí dos gritos.

—¡Ah! sí, dijo Martin: tú gritabas, yo oí tu voz, y ¡gracias a eso! estamos aquí, porque yo no habria subido a esta balsa sin haberte traído viva o muerta!

Las últimas palabras del pescador dieron al corazon de la pobre mujer un pronto alivio; gruesas lágrimas corrieron de sus mejillas, y su alma agradecida invocó a Dios.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

IV.

Entre tanto, solo un bote quedaba al costado de la *Bella Margarita*, ya medio sumerjida bajo las aguas. La tripulacion bajó a él, y por último el capitán. Pronto dió éste alcance a la balsa e hizo trasladar a su bote a los dos náufragos.

El Puerto Viejo no tenia muelle. No ofrecia ni una tabla, ni una piedra donde poner el pié. La jente era trasportada a la playa en hombros de jornaleros. En la primera espalda que se encorvó al borde del bote fué colocado el jóven ahogado. Sea el movimiento, sea la posicion perpendicular del cuerpo, sea el calor que el cargador comunicaba a sus helados miembros, lo cierto es que fué allí donde ese jóven dió los primeros síntomas de vida.

—¡Bueno! exclamó el cargador al oír un débil suspiro; me gusta más acarrear vivos que muertos.

Y el buen hombre, como si hubiese tomado mas animacion con la esperanza de socorrer a un desgraciado, redobló el paso y momentos despues lo deponia con satisfaccion sobre la playa.

CAPITULO IV.

EL HOTEL DEL ITALIANO.

I.

Nuestros jóvenes náufragos fueron conducidos al mejor hotel del Puerto Viejo.

Este hotel ocupaba una casa baja, pintada de verde, con dos hermosos departamentos a la calle, divididos por un pasadizo estrecho y corto que servia de entrada a un patio interior de piso arenoso, en cuyo claustro habia varias viviendas para pasajeros y un salon de billar.

En el departamento de la derecha estaba el comedor. Este era una sala espaciosa con dos ventanas a la calle, cuyas paredes estaban tapizadas con decoraciones que representaban las principales escenas de la epopeya de Telémaco, cuyo pavimento era de tablas desnudas y cuyo cielo de lienzo, un tiempo blanco, se hallaba ya

envejecido por el humo del cigarro de la multitud de pasajeros que lo frecuentaban mas asiduamente desde 1832, época del descubrimiento de Chañarillo.

Una estensa mesa, siempre cubierta con un semi-limpio mantel, rodeada de sillas ordinarias, y, a los costados del salon, un par de largos taburetes encojinados con pretensiones de sofás, que servian a los viajantes para reposar esperando el refrijerio, era todo el ajuar del comedor del primer hotel del entonces puerto principal de Copiapó.

El propietario de este hotel era un italiano que guardaba para sí todos los honores de patron, dejando a su mujer la carga del servicio.

Era ésta una señora copiapina, de familia respetable, menuda de cuerpo, algo morena y fina de semblante, viva y graciosa, dotada de un talento sagaz y superior a su educacion.

Ella, con su laboriosidad, sus atenciones y amable trato, atraia la concurrencia y hacia vivir en su casa al pasajero como en familia. El que caia indispuerto era atendido por ella con maternal solicitud.

En una palabra, la señora Maria, como la llamaban sus huéspedes, era una de esas mujeres que, sin ser ricas, introducen al matrimonio por sí mismas una dote inapreciable.

Maria, para atender a los dos jóvenes a la vez, les cedió el mejor cuarto y en él arregló dos camas tan cómodas y decentes como parecia convenir a la situacion desgraciada y a la posicion social de los náufragos.

II.

Emilio Arolas y su amigo Florencio Jordan, que asi se llamaban estos jóvenes, eran oriundos de Santiago y vástagos de dos familias de clase de esa capital. Por sus maneras elegantes, su trato afable y distinguido porte, pertenecian a esa porcion de jóvenes a quienes se señalaba entonces con el nombre de caballeros de estrado.

Ambos frisaban en los treinta años.

Sus figuras presentaban tipos contrastados. Florencio era alto, delgado, de tez blanca y lijeramente sonrosada, lábios velados por un bigote largo y fino.

Emilio era de mediana estatura, un tanto grueso, tez morena, patilla poblada, de color castaño oscuro como su cabellera, y sus ojos expresivos daban a su fisonomía el carácter del tipo andaluz.

Un mes antes de su naufragio, nuestros dos santiaguinos se paseaban alegremente a orillas del Mapocho, en su ciudad natal.

Era una tarde nebulosa y fria. Recien habia escampado despues de tres dias de copiosas lluvias. Multitud de señoritas y caballeros se agolpaban en el Tajamar a contemplar la mas alta marea del rio y los grados de peligro de una avenida. A medida que el jentio saciaba su curiosidad o tranquilizaba su alarma, iba quedando aquel sitio solitario. Cuando los dos amigos se vieron libres de la concurrencia, dijo Emilio a Florencio:

—Sabes que he pensado todo el dia sobre lo que hablamos ayer?

—Y.....? contestó Florencio.

—He tomado mi resolucion.

—Hablas sériamente?

—Sériamente.

—Pues hombre, nos vamos.

—¡Cómo! tú tambien? ¿Cuándo te has resuelto?

—Hace dos horas.

—Y Merceditas?

—Ya no pienso en eso. Los padres del dia quieren trocar sus hijas por sacos de oro. Sacó una carta y agregó: lee esta esquila.

Florencio leyó:

“Caballero: impuesto del contenido de su estimada, fecha.....
 ”siento decirle que no me es posible aceptar su proyecto de enlace
 ”con mi hija Mercedes. En cuanto a su respetable familia y a las
 ”cualidades que le favorecen a usted, nada tengo que decir; mas
 ”para entrar en los deberes que impone el matrimonio, es preciso con-
 ”tar siquiera con un destino u otra ocupacion que dé al marido los
 ”medios de sustentar a su mujer. Siento decirle que usted no se
 ”halla aun en estas circunstancias.....”

—Etcétera..... Etcétera..... interrumpió Emilio, quitándole la carta de las manos.

—Qué te parece? continuó éste.

—Que esto ya lo habia previsto, contestó Florencio. Nunca he creido que el don Lorenzo estuviese dispuesto a entregarte, junto con su hija, trescientos mil pesos que su tio le dejó en herencia.

—Ahora vienes con esto? ¿No eras tú el que me aconsejaba.....

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

Y por eso los tetricos semblantes,
Y esas torvas sonrisas que me hielan,
Y esas lenguas de acero fulminantes
Que vida y alma anodadarme anhelan!

¿Qué importa, empero, al águila altanera
Que en raudas alas por el éter jira,
De insectos mil la turba vocinglera,
Si nunca abajo de sus plantas mira?

Qué importa al pensamiento, rei del orbe,
Llenar con sus sonidos el ambiente,
Si en su estrecha prision todo lo absorbe,
Si dentro de sí mismo es elocuente?

Cantando el ruiñeñor en la floresta
Sin saber que obedece a la natura,
Qué auditorio le escucha, no le inquieta,
Ni busca en el aplauso la ventura.

Dioses de la armonía, yo os invoco:
Para extinguir la voz en mi garganta.....
Para callarme mi valor es poco;
Para cantar mi voluntad es tanta!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

—Sí, es verdad; por sí o por nó..... Qué se ha perdido? Yo también, como tú, he recibido una carta de Lima; ¡a Dios gracias no se me niega en ella una blanca mano, pero el resultado es el mismo!

—Te contestó tu tío?

—Me escribe una carta llena de consejos, pero constielos nada. Destino no hai; sobre el dinero que le pido para poner la imprenta, juzga el proyecto descabellado. Por fin, concluye con su eterno tema: por holgazan te has quedado sin una carrera..... Etcétera, etcétera, diré yo como tú.

—Es preciso que nos vayamos pronto, dijo Florencio. Esta vida me es insoportable: el sastre me atosiga, el botero se va haciendo insolente, los perfumeros..... esta jente no comprende que hai para ellos la mejor voluntad.

—Sí, dices bien, Florencio; vamos pronto. Copiapó es nuestro único recurso. Un amigo, recién llegado de por allá, me ha informado de aquella sociedad. Espero que allí haremos suerte.

Quince dias despues, los dos amigos salian para Valparaiso y se embarcan en la *Bella-Margarita*, que los arroja náufragos en las costas de Copiapó.

III.

Al despertar el siguiente dia, cuando en vez del camarote estrecho de la *Bella-Margarita*, se encontró Florencio en un dormitorio confortable, sus ideas se trocaron, y, sin poder coordinar una sola, se incorporó en la cama mirando en torno suyo.

—Qué es esto? exclamó al ver a Emilio en su lecho al otro extremo del aposento.

—Qué ha de ser, hombre! que te has ahogado.

—Yo?

—Tú: y a no ser por un valiente pescador que te ha salvado, de seguro que habrias hecho un mal viaje.

—Ah: ya recuerdo..... y el buque?

—Se fué a pique dos horas despues de abandonado.

—¿Ha perecido jente?

—Nó.

—Se salvaron los equipajes?

—¡Buena pregunta! Te digo que es un milagro que tú y yo no estemos juntos con ellos en el fondo del mar.

—Todo perdido! exclamó Florencio con triste acento. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Calla, hombre, y da gracias a Dios de estar en este mundo: lo demas no faltará. ¿Sabes que me pesa, al verte vivo, haber llorado por tí?

—Has llorado por mí?

—¡Vaya! Cuando te traíamos en la balsa como un muerto, te creí perdido. La cosa no era para menos; ¡y aquella mujer! ¡qué interesante y valiente!

—De qué mujer hablas?

—De la mujer del pescador. Mas tú nada has visto... Pero...

Siento penetrar hasta aquí un cierto olor que me abre el apetito: deben de estar almorzando. Por lo pronto pensemos en vestirnos...

—Y con qué? murmuró Florencio lanzando un suspiro; luego añadió: mi frac! y los pantalones color perla! sin usarlos y aun sin pagarlos...

—Bagaleta, hombre! piensa en que, aunque mal, ya hemos llegado. Pronto la vista de las piñas de plata nos va a hacer olvidar el lance de anoche. Y diciendo esto, Emilio ajitó una campanilla que vió junto a su cama sobre una mesa. Un sirviente se presentó.

—Al patron, que venga.

Pocos momentos despues apareció éste.

—Oh! dijo, saludando a los jovenes y acercándose a la cama de Florencio. ¡Lo que es una naturaleza jóven! qué mejor ha amanecido usted!

—Solo que me siento algo débil, contestó Florencio.

—Y que estamos poco menos que Adan cuando amaneció en el paraiso, añadió Emilio.

—Desean ustedes vestirse ya?

—Sí, señor, y para esto lo he llamado. Tráiganos usted aquí, cueste lo que cueste, todo lo necesario para proseguir nuestro viaje hasta Copiapó.

—Está bien, señor, dijo el patron, y salió apresuradamente.

Una hora despues, almorzaban los dos amigos alegremente, recordando del naufragio tan solo las escenas cómicas. Comprendiendo cuánto realce daria a sus personas, en este nuevo teatro, su posicion de víctimas de la suerte, se ocupaban en calcular el modo como podrian esplotar mejor el lado romántico del naufragio.

CAPÍTULO QUINTO.

LA PLACILLA.

I.

Ningun trabajo, por duro y penoso que sea, puede igualar al que le ha tocado en suerte al minero. En efecto, nada hai mas atroz que la vida del hombre, que, en todo su vigor y en la mas bella época de su existencia, se soterra bajo las profundidades de esas cavernas que se llaman minas. Allí el hombre entregado a un trabajo, puede decirse, superior a su frágil organizacion, faltó de aire

para sus pulmones, destruye su naturaleza y abrevia los dias de su ser. Allí el minero, dando un quejido a cada golpe de su combo, humedece las estrechas paredes del cerro con su abundante sudor, el que vuelve a caer sobre sus espaldas gota a gota convertido en una lluvia de hielo.

Para este ser no hai dia. El débil resplandor de la vela, que perrenne le acompaña en sus tinieblas, guia escasamente la punta de su barreta.

Como si esto no bastase, el minero no solo soporta la rudeza de su labor, sino que arrostra la misma muerte valiéndose de la pólvora para pulverizar la gigantesca montaña de granito. Cada mecha que enciende produce un estruendo espantoso y pone en peligro su vida. Mas él, a sangre fria, espera el terremoto que ha formado bajo las entrañas de la tierra. Feliz si tiene tiempo de ponerse a cubierto y escapar de los millares de fragmentos que, desprendidos de las rocas, cruzan en todas direcciones las ámbitos de la caverna.

En verdad que hai mucho de heróico en la resignacion diaria de esos hombres que se someten a su destino voluntariamente; que abandonan el dia, un hermoso sol, el aire puro, la dicha misma sobre la faz de la tierra, y, medio desnudos, con un capacho de herramientas a la espalda, descien den a sepultarse en el abismo, estribando apenas sus piés en estrechas *patillas* formadas en las rocas y cuyo menor desliz los conduce a una muerte instantánea.

Habitinado a vencer dia a dia los mas grandes peligros y a arrancar de los nativos criaderos el precioso metal soberano del mundo, el minero se forma un tipo peculiar; se hace osado y jeneroso hasta rayar en temerario y pródigo. El dinero que gana con tanto sacrificio pertenece a sus amigos o a su querida. Es noble, pero vengativo por instinto. Si se le ofende saca del ceñidor su certero puñal y hiere; con la misma facilidad se atraviesa y recibe un tajo por defender quizás a un desconocido.

Su traje es tan estraño como sus costumbres. Un calzoncillo blanco de lienzo, ancho y flotante, orlado de meñaques, le baja hasta el empeine del pié; otro de lana oscuro mas angosto le llega solo hasta la rodilla.

Un coton grueso rayado, algo echado hácia atras, le deja descubierto el cuello y parte del velludo pecho.

Rodea su cintura con una faja de cuero blanco y flexible que se ensancha hácia atras y estrecha sus caderas. Sobre esta faja ciñe

una banda de lana lacre. Completa, en fin, su vestido con un bonete rojo triangular caído hácia la oreja, unas ojotas de cuero y la bolsa de cabrito que cuelga del ceñidor.

El hábito de subir y bajar pendientes peligrosas, llevando grave peso sobre sus espaldas, da a su marcha ordinaria un aire descompasado. Lleva siempre el cuerpo inclinado hácia adelante y forma al andar tal ruido que anuncia de antemano su presencia. El cuchillo y la manta colgada al hombro forman su predilecta e imprescindible hacienda.

II.

Al pié del mineral de Chañarcillo hai una poblacion sostenida por esta clase de jente. Se compone de ventas portátiles, de fondas, billares, chinganas, canchas de bolas, y, en fin, de toda especie de chiribitiles de reposo o distraccion para el minero. Este pueblecito se llama la *Placilla*. La Placilla es el cielo del minero, la aurora de sus noches, el olvido y anhelo de su trabajosa semana. Allí juega, bebe, pelea, baila, enamora, está en su elemento. Allí reina él; la autoridad del patron, asi como la del juez, han quedado arriba, sobre el cerro.

Allí no reconoce mas lei ni rei que su dinero. Llevando provista su bolsa, es allí insolente o jeneroso. Por lo demas, con su dinero se proporciona allí, aunque a peso de oro, cuanto puede apetecer el gusto mas civilizado.

El minero se embriaga, pero nó con vil chicha o aguardiente, sino con superior brandy o coñac. Bebe el espumoso champaña, busca el refrigerio en la cerveza de Bass o en los ricos jarabes, y se regala con las frutas delicadas del Perú y con los dulces de Guayaquil o de Santiago.

El que viaja por aquellos lugares no puede dejar de sorprenderse al ver a estos hombres de rostro atezado empuñar con su callosa mano la blanca taza de porcelana de Sévres y saborear en ella, o el rico té Pechó, o el fragante café de la Moka, bebidos al traves de sendas volcanadas de un habano de primera regalia. Por lo jeneral, todos estos regalos de cultura solo los goza el minero cuando baja a la Placilla el domingo o en algunas noches de turno. El lúnes todo ha concluido: él se encuentra en el interior de su mina con la misma puntualidad que un soldado en su puesto.

III.

En una taberna de la Placilla resonaba un domingo la armonía del arpa unida a una voz femenina.

Era ya entrada la noche. La taberna estaba alumbrada por dos faroles pendientes del techo. En un ángulo de la sala se veía un pequeño meson cubierto de botellas, cubas de orchata, arrollados de chanco y fuentes de aceitunas, matizados ambos del picante ají, predilecto estimulante del minero. Todo esto confundido entre vasos y copas de todas dimensiones. Frente al mostrador estaban colocadas las mesas de servicio, e inmediatas a ellas había *poyos* de adobe fabricados cerca de la quincha, que servían de asiento a los bebedores.

Al otro extremo de la taberna, entre hurras y groseros dichos, bailaban algunos mineros la popular *zamacueca* con infelices mujeres arrojadas con horror del seno de las poblaciones centrales del país, y llevadas entonces a Copiapó por la codicia de los especuladores. La cantora era una muchacha todavía hermosa, a despecho de su marchitada fisonomía y del colorete que la desfiguraba. Los mineros le daban el sobrenombre de Rosicler.

Rosicler, que así la llamaremos, se veía a cada instante interrumpida en su oficio de cantora: ya un espaldado barretero, echándole el brazo al cuello, la ponía tambaleando un vaso de licor en los labios, o ya un *apircillo* imberbe la convidaba a beber derramando el contenido de la botella sobre su pañuelo de espumilla color rosa. Esta mujer punteaba su arpa, bebía, cantaba, pero su pensamiento parecía fijo en otra parte. Sus miradas no se apartaban de la puerta por donde entraba y salía la multitud. Un hombre apareció por fin y fué directamente hácia la cantora.

—Cuánto has tardado! le dijo ésta al verlo. Ya estaba desentonada de pura impaciencia.

El hombre a quien fueron dirigidas estas palabras era un moce-ton de 24 años, alto y bien formado; vestía pantalon y chaqueta de paño azul, chaleco de algodón pintado, camisa blanca de cuellos grandes y tiesos, zapatos bien cortados, y sombrero guarapon de paja fina.

—Me he llevado en el bodegon de enfrente, contestó el recién llegado. A no haber visto entrar al Macizo, a pique estaba de no haber venido. Ya sabes que no me gusta que ese hombre te requiebre:

—Estás loco? contestó ella riendo; ¿tienes celos del *Macizo*, apesarse.....

—Aquí me tienes, mi alma, dijo una voz fuerte y ronca a la espalda de la cantora.

Esta se volvió contrariada y recibió a boca de jarra el repelente tufo de un odre animado.

—De esta hecha no te me escapas aunque te metas en los planes de la Descubridora.

El moceton frunció el ceño y se sentó en un banco al lado del arpa.

El que así hablaba era un minero rechoncho, membrudo, de ancho pecho, piernas y brazos musculosos, cuello corto y grueso, cara y cabeza diformes y de un color bronceado, que, aunque común a los de su oficio, le daba un aspecto feroz.

Este era el *Macizo*, sobrenombrado así por la solidez de su organización.

—Déjame en paz, dijo la cantora dando vuelta la cara hácia otro lado.

—¿Que te deje en paz? ¡Me gusta la moza! Ayer almíbar y hoi hiel, eh? Y diciendo esto acerca su feo rostro al de aquella desgraciada. Al instante, su rival le da tan fuerte empujón que le derriba sobre el arpa, la que rodó hecha pedazos.

Furioso el minero, se levanta y toma por el cuello a su agresor. Una lucha cuerpo a cuerpo de las más encarnizadas se traba en el acto. Las mujeres animan al joven, los hombres al minero. La taberna grita por su arpa, la cantora por su amante. ¡*Arriba!* ¡*Abajo!* ¡*Bien!* ¡*Otro!* ¡*Más fuerte!* son los gritos que se oyen en la taberna. Ya el joven sucumbía bajo los poderosos puños de su adversario, cuando una diestra maniobra le coloca encima, y entónces sacude aquel sobre el minero una lluvia de puñadas. Creyendo ya sin duda buena la ración, se levantó, volviendo desdeñosamente la espalda a su enemigo. Viéndose libre el *Macizo* y silbado por sus camaradas, saca ciego de ira su puñal y se avanza a sepultarlo en la espalda del joven. Un asesinato habría tenido allí lugar si una fuerte mano no hubiera detenido el brazo del homicida.

El que tan a tiempo desviaba el golpe, era un hombre joven, de tez blanca, cabellos rubios, esbelto y elegante en su traje de minero, que vestía con graciosa soltura. En todo su porte se dejaba ver cierto aire de distinción. Todas las mujeres le rodearon y los mineros se preguntaban ¿quién es? ¿a qué mina pertenece? No faltó quien

asegurase que era un barretero ingles. Entre tanto, habian sacado fuera al Macizo. La cantora habia desaparecido. La muchedumbre, ya sin el halago de la música y sin la esperanza de gozar de otra pendencia, fué desbandándose en busca de otro tambo. El minero rubio tomó a su protejido por el brazo y se dirijió a una de las mesas.

IV.

—Segun creo, amigo, dijo aquel a su protejido, es el anisado el que prefieres.

—Venga anisado, contestó éste limpiándose el sudor de su frente con un fresco fular.

La tabernera, gruñendo de enojo por el perjuicio que recibia por causa del moceton, puso sobre la mesa cuatro botellas.

—A tu salud, Silo! dijo el minero empinando un vaso de cerveza.

Silo, pues era el mismo, detuvo el vaso de aguardiente que ya rozaba sus lábios.

—¡Cómo! dijo; ¿recien nos vemos y ya sabes cómo me llamo, y hasta el licor que me gusta?

—Yo te conocia sin que tú lo supieses.

Silo pareció satisfecho con esta respuesta y apuró su vaso.

—¡Vamos! otro, a la salud de la Rosicler, dijo el minero volviendo a llenar los vasos.

—Por una uña no me despachurra ese diablo, dijo Silo.

—Cuéntame, hombre, ¿cómo ha sido eso?

—Es de que, donde usted me ve, amigo, yo tengo mis ideas, contestó Silo frunciendo el ceño. Yo le he quitado a la Rosicler..... ella me quiere y.....

—Ya entiendo, hombre, y tienes celos del Macizo; no es eso?

—Yo no sé, dijo Silo llenando el tercer vaso.

—Pero dejando esto, dime ¿porqué has abandonado el Pueblo de Indios: ¿ya no eres leñador?

—Nó.

—Qué haces?

—Nada.

—Vamos, Silo; entre amigos no debe haber secretos. Yo sé que tienes un oficio, bien lucrativo, por cierto.

—Cuál?

—El de *cangallero*.

—Silo lanzó una ruidosa carcajada diciendo:—La erraste.

Su interlocutor dijo friamente:

—Me alegro, porque yo me intereso por tí, y he venido aquí a prevenirte que he oído que ante el juez del Huasco te han denunciado como vendedor de ricas piedras de plata sin tener mina conocida.

Silo abrió tamaños ojos y apuró en silencio otro vaso.

—Y tú sabes, prosiguió el minero, que a un *cangallero* se castiga como un ladrón.

—Voto al!..... yo ladrón! exclamó Silo dando un puñetazo sobre la mesa. ¿Quién ha dicho eso?

—Hombre, no hai que atufarse! Te daba este aviso por tu interés; pero si te ofende no se hable más de ello.

Hubo un momento de silencio entre ambos. Silo meditaba. Su compañero parecía observarlo con atención.

—Camarada, dijo al fin Silo, apurando el quinto vaso de aguariente; ¿quién es usted?

—Ya lo ves, un minero.

—Tienes las manos de una dama, dijo Silo mirándole con desconfianza.

—Es que una grave enfermedad me ha privado por mucho tiempo del trabajo, y..... No quiero entristecerte con penas ya pasadas.

—Tienes razón, hombre; cuando uno está delante de las botellas no hai que pensar más que en divertirse, ¿no es esto, mi rucio? Y Silo dando trapiés se paró a traer más licor. Estaba borracho.

Su compañero aseguró las botellas temiendo diese con ellas en el suelo, y le llenó su vaso. Pero Silo, en vez de echárselo al cuerpo, se empeñó en que su amigo lo bebiese. Este se resignó y apuró el vaso.

—¡Viva mi minerito! exclamó Silo bebiendo a su vez.

—¡Viva la Rosicler! le contestó el minero, y viva la mina rica que tienes oculta!

—Quién te ha dicho eso, bribón? balbuceó Silo con voz aguarientosa.

—Silo, yo lo sé todo; ya te he dicho que te conozco.

—Eres el diablo, dijo Silo; y luego añadió haciendo el último esfuerzo:—No es cierto: no soi el que me crees; yo soi leñador, me llamo Silo Godileo y nada más. Echa aquí, y Silo estendía su vaso con mano temblorosa.

—Nó, te doi más, dijo el minero apoderándose de las botellas.

—Que no he de beber?

—Hasta que me digas dónde está la mina.

—Compañero, yo soi jeneroso..... echa aquí..... yo te llevaré.

—Dime dónde está. Yo no quiero ir.

—Mas aguardiente, yo pago, dijo Silo haciendo sonar dinero en sus bolsillos.

—No beberás, le dijo con enerjía el minero.

Aquí se trabó una escena curiosa entre los dos. Silo forcejaba en vano por arrancar la botella de manos de su compañero, se enfurecía, se desgarraba sin piedad los cabellos, hasta que en su desesperacion derribó la mesa con todo lo que habia sobre ella.

Entónces se calmó y prorumpió en amargos sollozos. Su compañero, aprovechándose de esta crisis, le dijo con acento dulce:

—Amigo mio, responde: en qué sitio se encuentra la mina. Te daré cuanto quieras, beberemos siempre juntos.

—Echa aquí, le interrumpió Silo sin dejar de lagrimear.

—Y me responderás?

—Yo te quiero, contestó Silo.

—Acuérdate que te he salvado la vida.

—Sí, cierto, tú me salvaste la vida..... echa aquí..... despues te diré.

El minero le colmó el vaso, y luego que Silo lo hubo apurado hasta las heces, le dijo:

—Yá te he dado gusto; hablemos ahora en razon.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

REVISTA DE LA QUINCENA.

Siempre lo mismo; ¡cuán fastidioso es el tiempo con su inmutable carrera, y cuán molesta es la lei que en mala hora se impuso naturaleza! ¡Nacer para morir! he aquí el gran trabajo de la humanidad. Tan presto nos inclinamos sollozando sobre una tumba, como sonreimos llenos de esperanza, al borde de una cuna.

Pocos dias há la cuna para recibir al año de 1874 estaba preparada; cada individuo contribuyó a formar el gran canastillo del recién nacido; los unos con la alegría del alma, el placer, la felicidad; los otros con lágrimas y decepciones, y cuántos con indiferencia! de estos últimos no han sido

Tan lindas flores en tus cabellos,
Pienses que vivo
De amor cautivo
Bajo la májia de tu mirar.

ROSENDO CARRASCO.

LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

—¿Qué piedras?

—¿Cómo! no has maldecido a tu hijo por.....

—¡Perdon, padre! le interrumpió Silo arrojándose a los piés de Godileo. Nada de esto le habia dicho, porque el secreto no era mio, sino de mi madre que me lo confió. Mas, es preciso que lo sepa todo. Madre me mostró las piedras que usted la hizo enterrar. Las conocí al punto, pues fuí yo mismo quien las puse de contrapeso en sus alforjas. Cuando supe por mi madre que contenian una riqueza, me fuí al cerro donde leñamos la última vez, dí con el lugar, cavé, saqué rodados, y he pasado al Huasco a venderlos. Esto es todo, padre; perdóneme usted; no he robado!

—Sí, perdónale, recoge tu maldicion. ¡Pobre Silo de mi alma! Por mí ha sufrido todo, dijo Mónica desesperada.

—Madre imprudente! exclamó Godileo..... y tú, hijo!

Silo, que durante la cólera de su padre habia permanecido re-concentrado, casi sin dirigir ni una súplica, al oír estas últimas palabras se precipitó en los brazos del anciano y prorumpió en sentidos sollozos. Godileo le estrechó contra su pecho.

La suma alegría como el sumo dolor son mudos. Estrechados en silencio permanecieron padre e hijo por algunos instantes. Cuando levantaron las cabezas, aquellos rostros de indios reflejaban la mas noble y pura satisfaccion.

Silo fué a abrazar a su madre, que lloraba de gozo a pocos pasos de ellos.

—Pobre mujer, le dijo Godileo; ¿quién te hubiera castigado tanto como lo ha hecho la Providencia? Tú dijiste a un niño: ve, toma, desobedece a tu padre, y el niño con lo que pusiste en su mano se volvió una víbora, se bastó a sí mismo y te abandonó!

Yo perdono a Silo porque en su corazon hai algo bueno.

—¡Padre! exclamó el jóven haciendo un supremo esfuerzo; padre! repitió trepidando; hai otra persona que conoce el secreto de esa mina.

—¿Qué dices? la han descubierto?

—Nó, yo lo he dicho!

—Tú ¡desgraciado!

—Me han tendido un lazo... me han embriagado!...

—¡Maldicion!... ¿y quién?

—No sé, era minero.

—Mil rayos sobre mí!

—¡Vírjen santa! exclamó Mónica.

—Cuándo?

—Ayer.

—Sí, eso es. Talvez hai tiempo... Mujer, disponlo todo; Silo, vamos a la ciudad!

CAPÍTULO SÉTIMO.

EL CATEO.

I.

Cuando salió de la taberna de la Placilla, el jóven minero que habia embriagado a Silo para arrancarle su secreto, se dirijió con mas que apresurado paso a casa de un huasquino que alquilaba cabalgaduras a los cateadores.

—Tio Venancio! ¿donde está él tio Venancio? preguntó a un mozo que estaba dentro del corral.

—Aquí está. ¿Qué se ofrece? respondió una voz cascada, y un viejo pequeñito y calvo se presentó sobando unas correas de cuero.

—Tio Venancio, necesito dos mulas de las mejores para esta noche.

—Hum! refunfuñó el viejo. A estas horas! y de las mejores!

—Y un vaqueano bien diestro para que me acompañe.

—¿De dónde diablos quieres que, en el momento, encuentre yo todo eso?

—Pagando bien, todo se viene a la mano.

—Eh! qué dices? murmuró el viejo, mirando de piés a cabeza al jóven.

—Digo, tio Venancio, que sobre el precio de alquiler, tendrá usted una buena propina.

—Ya, ya, sí, sí, porque cuesta un ojo de la cara mantener cada animal. Me arruino sin remedio, me arruino, si esto sigue así.

—Con que ¿podrá estar todo listo antes de las doce de esta noche?

—Sí, pero una mula de Venancio no dará un paso si no es pagada a veinte pesos por día.

—Está bien.

—Y adelantados agregó el posadero.

—Cómo quiere usted? Si no sé los días que he de tardar.

—Fianza entónces.

—¡Cómo! exclamó el joven, olvidando que el traje que vestía no era el más a propósito para inspirar confianza.

—Sí, hijo, necesito fianza. Por lo demás, ya sabes que si las cabalgaduras mueren me han de ser devueltas en buenas onzas de oro, eh?

—Lo sé. Como no quiero perder tiempo, vea usted si esto vale una fianza.

Y diciendo así se desabrochó la cotona y sacó del bolsillo de su chaleco de paño negro, un reloj.

—Es de oro y de lo mejor, dijo pasándoselo al viejo.

Este lo tomó, lo pasó de una mano a otra y luego dijo con desconfianza:

—Entremos; esto necesita verse a toda luz.

Sin duda que al tío Venancio le agradó la prenda, porque poco después salía el joven de allí bien montado y acompañado de un vaqueano.

II.

Imposible es dar una idea aproximada de las fatigas que arrastra el cateador, cuando, henchido el pecho de esperanza y embriagado de ilusiones, yendo en pos de un tesoro ya real en su imaginación, se interna entre esas serranías faltas de todos los elementos necesarios para la vida. Nuestro joven minero, sin llevar más que unas cuantas botellas de agua y algunas alimentos secos en sus alforjas, emprendió alegre y feliz su penosa escursión.

III.

Iba ya en su tercer día de camino. El agua se le había agotado. Los animales ya no podían dar un paso: la sed y el cansancio los forzaba a cada momento a detenerse en medio de un arenal abrasado.

El jóven conoció que se habia estraviado. Miró a su mozo, que silencioso y fatigado por la marcha iba tras él. Una idea súbita atravesó su imaginacion.

En aquel instante las cabalgaduras se detuvieron: no podian ya mas! El jóven entonces echó pié a tierra y dijo al mozo, que tambien abandonaba su mula:

—Tú me has estraviado, bribon: si no me sacas al instante de este maldito desierto quedarás en él haciendo compañía a esas bestias; y diciendo esto sacó un cachorro de dos tiros.

—Señor, señor! exclamó el pobre hombre palideciendo de sorpresa; yo no he querido perderle; habré sido torpe; buscaré la senda, señor, pero no me mate.

—Bueno, hombre; marcha, y adelante!

Esto pasaba en la siesta del tercer dia de viaje.

A pié pisando sobre una arena calcinada, devorados de sed, bajo un sol abrasador caminaron el resto del dia. La noche llegó fria y sin luna para aumentar aun más la zozobra y los sufrimientos de esos desgraciados.

—Ya no puedo más! dijo el jóven sentándose estenuado de fatiga.

—Si tuviéramos agua, lo demas seria nada, articuló el mozo, abriendo desmesuradamente la boca para refrescar su garganta con el rocío de la noche.

—Pronto no nos hará falta el agua: en la noche moriremos de frio.

Al oir esto el mozo púsose a hacer con sus manos una escavacion en la arena.

—Qué haces, José? le dijo su patron.

—¡Señor? una cama para usted. El fondo está caliente. Entre usted en este hoyo, yo le tapo con la arena, y buenas noches.

—Me gusta la idea. Haste tú otra. Temo mucho, sin embargo, que estás abriendo nuestras sepulturas. Me siento mui estenuado, ya creo tener la fiebre.

Y diciendo esto se hundió en el lecho de arena del vaqueano.

Asi permaneció las largas horas de la noche. Abatido y ajitado, el sueño se ausentó de sus ojos.

A mas de los reales peligros de su situacion, el instinto de la conservacion le hacia temer nuevos peligros. A cada instante se imaginaba ver, al traves de la oscuridad, al formidable leon de esas rejiones, o creia oir el silbido de la serpiente del desierto. Hubo momentos en que maldijo su ambiciosa locura, mas pronto le alentaba el hechizo del tesoro que perseguia.

El alba le sorprendió pensando en sus acreedores, otro recuerdo que siempre acompaña al hombre como la sombra a su cuerpo.

—Vamos caminando, pronto vá a clarear, dijo a su mozo, saliendo de su lecho de arena y sacudiendo maquinalmente sus vestidos. Pero José, puesto un dedo en los lábios, le indicó que callase, y echado boca abajo en la direccion del viento, que soplaba recio y frio, permaneció como escuchando por algunos minutos.

Cuando José se incorporó, su fisonomía espresaba contento y esperanza.

—Jente viene, señor, dijo. Dios no habia de querer que muriésemos aquí. La Vírjen me ha hecho el milagro. Y saltaba, y se restregaba de júbilo las manos.

—Yo nada oigo. ¿Estás tú cierto de lo que dices?

—Usted lo va a ver, señor, espere un poco.

—Pero hombre, pueden ser huanacos, leones, que sé yo!

—Sígame señor.

El jóven le siguió lentamente, caminando ya con dificultad, aunque reanimado un tanto por una leve esperanza. Pronto apareció en el horizonte una polvareda; ya no habia duda, aquello era algo. En ese instante los primeros rayos del sol doraban las nubes, que sorprendidas por la luz en su sitio de noche, se apresuraban a dejar aquellos cerros para replegarse en confuso desórden hácia el sur de la costa. La mañana en el desierto no se parece a la mañana en el valle, en el prado, en la costa o en el monte.

Allá todo es risueño, armonioso, suave y feliz.

Por el contrario, en el desierto todo es silencio, uniformidad y tristeza. La muerte se ve allí esparcida y representada a cada paso por esqueletos de animales o huesos petrificados emblanquecidos por el tiempo.

La columna que poco ha, como una leve neblina, se divisaba en lontananza, se hacia cada vez mas perceptible, hasta que los cateadores distinguieron clara y distintamente una caravana de ñungas. Asi se llaman las partidas de indios andantes que, desde los valles de Bolivia, atraviesan el desierto a pié, trayendo sobre sus burros las yerbas y brujerías de que forman su comercio.

Al ver los indios que componian esta caravana, a dos hombres, pálidos y estenuados dirigirse a ellos, se detuvieron cambiando algunas palabras en quichua.

Nuestro jóven se dirijió al de mas edad y de mejor aspecto entre ellos.

—Amigo, le dijo; andamos perdidos hace dos días; ¿me harás el favor de orientarnos?

—Si caminas derecho, dijo el indio en mal castellano, llegas a la Paz, y si te haces a un lado al Huasco. De aquí vas a donde quieras.

—Gracias; mas yo he salido de Copiapó para ir a unas minas. En una noche nublada hemos perdido la senda.

El indio hizo un jesto espresivo de pesar y replicó:

—Malo, malo; yo vengo mucho a estos lugares y no perderme.

—Dame un poco de agua y algo que comer; te lo pagaré bien, dijo el jóven, a quien la sed mortificaba cada vez más.

En tanto que se cruzaban estas palabras, los demas indios se habian sentado y parecian rumear algo con delicia.

El indio que encabezaba la caravana, bajó de uno de sus burros un pequeño costal con agua, y sació la sed de los cateadores. Luego que les dió de beber sacó de una bolsa un puñado de hojas secas y se las ofreció diciendo:

—Coca, come coca.

Desconsolado el jóven, probó a mascar algunas hojas de aquel manjar predilecto de los ñungas, y el único que llevaban consigo en la larga travesía de Bolivia a Chile.

—Sabes dónde están por aquí las Lomas de Arena? preguntó José al indio.

—Allá, adelante, contestó este.

—Señor, dijo el mozo: hemos pasado el cerro de Agua-Amarga; tenemos que volver atras.

El jóven dijo al viejo ñunga dándole algunas monedas de plata.

—A dónde van ustedes?

—A Copiapó.

—Iremos juntos hastas las Lomas de Arena. Si nos llevases sobre tus burros te daré más de lo que tienes en tu mano.

El indio cambió algunas palabras con sus compañeros, siempre en su jerga; en seguida cada uno de ellos tomó sobre sus hombros la lijera carga que llevaban sus burros; y el jóven y su mozo, montando en estos animales, emprendieron su marcha a traves del desierto, ya mas cómodos y acompañados.

IV.

Al declinar la tarde, la caravana llegó al pié de las Lomas de Arena.

El jóven se separó de aquellos hombres, que le habian talvez salvado la vida, con una marcada espresion de gratitud.

Asido del brazo de su mozo trepó, en seguida, cayendo y levantando, la pendiente movediza de esos cerros, formados por las arenas que ha acumulado el viento durante algunos centenares de años.

Cuando estuvieron sobre la cumbre, patron y mozo lanzaron una exclamacion de rabia y desesperacion: un mar de arena, que formaba horizontes, se les presentó otra vez a la vista por todas partes. Sin embargo, despues de un largo rato, la mirada ansiosa de aquellos desgraciados descubrió a la distancia cierta sombra o mancha que, pegada a la tierra, ofrecia un tinte mas oscuro que el color pardo del crepúsculo que los alumbraba.

Un momento ántes habia estado nuestro jóven minero a punto de retroceder; mas desde que tuvo delante de sí aquel punto que, segun sus datos, debia de ser el morro del cerro llamado de Agua-Amarga, cobró ánimo e hizo un postrer esfuerzo por alcanzar hasta él.

A la mañana del dia siguiente el tenaz minero trepaba la empinada cresta del anhelado cerro. Despues de algunos rodeos descubrió, al fin, con júbilo, un algarrobo, bajo el cual filtraba una agua amarga y nauseabunda, que aquel probó con ansia como si bebiese la felicidad.

Segun las medias palabras de Silo, la mina debia estar mui cerca. En efecto, a pocos pasos el jóven descubrió la veta, que principiaba por un reventon de plomo en barra. A sus plantas vió gran cantidad de piedras de plata maciza rodar de la veta, a causa, sin duda, del estallido de los volcanes subterráneos. El jóven se arrodilló delante de aquel inmenso tesoro, ya suyo, todo suyo, i dirijió al cielo una plegaria llena de la mas intensa gratitud. Su alegria no tuvo límite, rayó en locura. Ya era opulento, se decia, y gritaba, lloraba, y en sus trasportes abrazaba al vaqueano y le prometia hacer su felicidad.

El descenso de tan fragosos y encumbrados cerros fué para el jóven fácil, corto y placentero: la felicidad todo lo abrevia y allana. Pocos dias despues entraba de regreso a Copiapó.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

LOS BUSCA-VIDA.

(Continuación.)

CAPÍTULO OCTAVO.

RESULTADO DEL CATEO.

I.

Un mes despues de estos acontecimientos, la familia de Vivanco, que es el nombre del jóven minero, era presa del mas cruel dolor.

Penetremos en el interior de aquel hogar. Aunque el sol de medio dia reverberaba en el patio, el dormitorio de Vivanco estaba alumbrado por el resplandor de una lámpara solar. Acostado en un lecho cubierto por blancas colgaduras, parecia dormir. A la cabecera estaba sentada e inmóvil una mujer: era su esposa. Un pañolon de abrigo la envolvía por completo; largos cadejos de pelo caian en confuso desórden por sus hombros; la palidez mate de su rostro y cierto cansancio en sus ojos, rodeados de un círculo oscuro, indicaban insomnio y sufrimiento. Cerca de ella se veía una mesa cubierta de multitud de trastos con medicamentos. Un reloj de sobremesa interrumpía con su timbre, cada media hora, el silencio de aquella sala. Al toque de las doce y media, ella se levantó, sacudió una redoma y dió una cucharada de líquido al enfermo. Imposible nos seria reconocer en aquel ser enflaquecido y casi exánime, al hombre infatigable que poco há hemos visto atravesando arenales y trepando las mas empinadas cimas.

—¿Vendrá pronto? articuló él con débil voz.

—No tardará. Pero, te lo ruego Vivanco, aplaza esa entrevista para despues.

—No hai tiempo, lo conozco, aunque me resisto a creerlo. Me siento mal, mui mal... siento ruido; quizá sea él.

La señora salió. En la pieza inmediata encontró una sirvienta que, toda azorada, venía en su busca.

—¿Qué hai Catalina? Qué ruido es ese?

—Señora! han vuelto... En balde he querido impedir que entren. Aquí están ya.

En efecto, tres hombres se presentaron a la puerta.

Era un especie de cobrador seguido de un alguacil y un receptor.

—Caballeros, ¿otra vez? les dijo ella con un acento dulce, en el que, bajo el timbre de la súplica, se deslizaba una dolorosa reconvenccion.

—Señora, dijo el receptor; cuando ayer nos retiramos de aquí sin haber cumplido nuestro deber, creimos que por la enfermedad del señor Vivanco se podría dilatar la dilijencia; pero los acreedores, dijo señalando al cobrador, me han dado órdenes terminantes.

—¡Dios mio! Esto no puede ser, exclamó ella. Para un enfermo hai consideraciones sagradas; puede costarle la vida...

Aquí el llanto embargó su voz.

—¡Cómo ha de ser, señora! refunfuñó el alguacil; y dirijiéndose a sus compañeros les dijo: perdemos tiempo. Demos principio aquí mismo. Se acercó a una mesa, desdobló unos papeles y comenzó su odiosa mision.

II.

En aquel instante se sintió un golpe en la puerta, que habia quedado a medio cerrar. Hai momentos en la vida en que un lejano rumor, el trote de un caballo o de un coche que ha parado en la calle, un golpe dado a nuestra puerta, nos reanima e infunde al corazon vaga esperanza.

—Adentro, dijo anhelante la señora, enjugando sus lágrimas.

Una cabeza de viejo asomó.

—¿Se me ha hecho llamar? dijo éste tímidamente.

—¡Ah! es él, dijo ella apresurándose a salir a su encuentro.

Entre usted, entre, el enfermo lo espera. Toda la noche ha desvariado con usted.

El recién venido la siguió, atravesando en puntillas el salon, para no empolverar con sus ojotas los vistosos dibujos de la alfombra.

—¡Hola! aquí el descubridor! dijo el cobrador.

—¿Que contendrá esto? murmuró el alguacil.

—Yo lo he de saber, dijo el primero, tomando rápido la puerta, por donde desapareció.

—Vivanco! balbuceó la jóven a media voz, inclinándose sobre el lecho. ¿Cómo te sientes? ¿Tendrás fuerzas para hablar?

—Me siento morir, Maria, pero mi cabeza está libre aun.

Si Dios quisiera que Godileo llegase antes que...

—Ha llegado... pero...

—Nó, nó, te comprendo hija mia; haz que entre...

Godileo que estaba a pocos pasos de la cama, se apresuró diciendo:

—Señor, aquí estoy.

—Maria, déjanos, articuló el enfermo.

Ella salió despues de recomendar a Godileo suma prudencia y de instarle a que tomase asiento, lo que el indio hizo a pesar suyo.

—Godileo, dijo Vivanco con voz desfalleciente; ¿me conoces? ¿Te acuerdas que una mañana estuve en tu casa y que fuí el primero en descubrir la riqueza de esas piedras?...

—Ah! sí señor.

—Me encuentras ahora en el lecho de muerte. Todo se liga en la vida, amigo mio. Allí podrás ver las piedras que traje; y mostró con un jesto un estante cubierto de ricos minerales. Al instante fuí a hacer mi pedimento, aturdido aun por mi felicidad. Tú no sabes lo que es pasar la vida entera, año tras año, en pos de una fortuna que nunca llega. Tú no puedes imajinar entónces, cuál seria mi asombro cuando, al pedir lo que consideraba mio, se me hizo ver que otro se habia anticipado y estaba en posesion de la mina! Aquí la voz del moribundo se apagó un instante. Desde ese momento, continuó, una fiebre violenta se apoderó de mí... Estoy desahuciado...

—Señor, dijo Godileo conmovido; no hai que perder la esperanza. Cuando uno es jóven como usted...

—Nó, hombre, nó, le interrumpió el enfermo. Mi única esperanza para morir en paz eres tú. Una mujer y tres criaturas van a quedar sin amparo, sumidos en la miseria. Sé que en el acto en que muera mis acreedores los despojarán de lo poco que dejo. ¡Godileo! he pensado en tí!... ¿Negarás el amparo a mi desgraciada familia?...

III.

La voz del enfermo se estinguió. Un ronquido entre cortado siguió a su última palabra. Godileo, alarmado por esos síntomas siniestros, corrió a llamar a la pieza inmediata.

Una escena infame se le presentó allí. Los ejecutores querian a toda costa penetrar en la vivienda del enfermo. Maria, indignada, se habia colocado delante de la puerta. Tres niños asidos de su traje lloraban a su lado.

—Nó, de aquí no pasarán miétras yo tenga aliento para recha-

zarlos. Hagan cuanto quieran del resto de la casa, mas aquí nó, jamas.

—Pero, si allí está la coleccion, dijo en voz alta el cobrador, el que, a su vuelta, habia provocado aquella escena.

—Señora, usted se espone, usted comete un desacato contra la lei, le dijo el receptor.

—No hai lei que mande profanar la estancia de un moribundo.

El cobrador, rojo de impaciencia, tomaba por un brazo a Maria en el instante en que se presentó Godileo.

—¿Qué es esto? exclamó el indio indignado. Los ejecutores soltaron su presa y retrocedieron.

—¡Ah! exclamó aquella infortunada acojiéndose a la proteccion de Godileo. Quieren apresurar su fin... Vivanco se muere y estos hombres sin corazon vienen a turbar sus últimos momentos.

—Se muere, sí, señora, apresúrese usted...

—Dios mio! exclamó ella, precipitándose al dormitorio. Godileo se quedó con aquellos hombres, que, indecisos, se consultaban sobre lo que deberian hacer.

—Afuera, les dijo el indio con enerjía. Esta casa está hoi santificada por la muerte. Ningun ruido profano debe interrumpir el solemne momento. Id a decir a los que os mandan que el indio Godileo paga las deudas del caballero Vivanco.

¡Oh! poder del oro! Lo que no alcanzaron las súplicas y las lágrimas de una esposa desolada, lo pudo la simple promesa de un leñador! Los ejecutores salieron de allí saludando respetuosamente al indio ¿Y todo por qué? Es que ya Godileo era mirado como un descubridor.

IV.

Cuando Godileo volvió a entrar a la pieza del enfermo, ya todo habia concluido. El sacerdote habia terminado su mision y se marchaba. Maria estaba junto al lecho contemplando fijamente los restos queridos de su esposo. Sin derramar una lágrima, sus ojos secos, su mirar estraviado: todo hacia temer por ella. Godileo, alarmado, la tocó el hombro lijeramente; pero ella ni oia ni sentia nada. El indio esperó.

Los niños lloraban junto a su madre, los criados corrian en to-

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará).

LOS BUSCA-VIDA.

(Continuacion.)

das direcciones. Entre tanto Godileo notaba que no habia allí un amigo, un doliente que se interesase por aquella familia. Yo lo seré todo, dijo para si, y arrodillándose ante el lecho mortuario:

—¡Oh! tú dijo, que te has ido con un gran pesar a esos lugares donde no se llora; tú que eras buen padre, pues en el dintel de la eternidad echaste la última mirada sobre esos pedazos desprendidos de tu alma; óyeme: yo juro sobre tú restos, ya sagrados, amparar a tus hijos como me lo pediste... El indio se levantó.

Maria, muda hasta entónces, se arrojó sobre el cuerpo de su esposo, prorumpiendo en gritos y sollozos violentos. La actitud y las palabras de Godileo habian penetrado su alma y entreabierto la fuente de las lágrimas. Godileo aguardó que terminase el terrible acceso. Poco despues sacó a la madre y a sus niños de ese fúnebre sitio, dió sus órdenes a la servidumbre comenzando así su rol de protector, y cuando todo estaba ya tranquilo, salió de esa morada donde acababa de representar a la Providencia.

CAPITULO NUEVE.

PROYECTOS DE MATRIMONIO.

I.

La poblacion de Copiapó, si no es la mas bella, es la mas orijinal de entre sus hermanas del Norte. Sus calles tortuosas ora son anchas, ora son estrechas. Sus edificios, bajos todos, presentan un aspecto triste con sus techos planos y de barro, dispuestos para recibir, nó el agua de la lluvia, que rarísima vez los humedece, sino los desperdicios de las casas y cuanto el viento del verano arroje sobre ellos. Mas en el interior se admira el lujo y el comfortable europeo.

Copiapó se encuentra estrechado entre el cerro y la gran vega, objeto en todo tiempo de sérios temores y de hermosos proyectos

de diseccion, nunca realizados. Un tupido y tético bosque de sauces sombrea las muertas aguas de esta vega. A su orilla, y a distancia de ocho o diez cuadras de la ciudad, se elevan las máquinas de amalgamacion donde se elaboran los metales y se trasforman en lucida pasta.

Estos establecimientos tienen un no sé qué de agradable que atrae. El hombre se siente allí animado por el activo movimiento de las máquinas, fascinado por el ruido de los cilindros, y satisfecho, por decirlo así, con la vista de los grandes acopios de preciosas barras.

El establecimiento del señor C. es entre los de su clase, el que ofrece una vida mas confortable. Las habitaciones, amuebladas a la inglesa, son sencillas y elegantes; y en los hábitos de sus empleados, jente por lo jeneral fina y educada, reina cierto tono de alta sociedad.

II.

Los jóvenes Florencio Jordan y Emilio Arolas se presentaron al dueño de este establecimiento con una carta de introduccion de Maria, la que, como amiga del señor C., habia querido recomendarlos, y lo habia hecho con la gracia y cordialidad que caracteriza a la copiapina.

Por lo demas, la simpática presencia de los jóvenes, sus maneras cultas y su reciente naufragio, predisponian el ánimo en su favor. El señor C. entregó a Emilio los libros de la casa y colocó a Florencio como ayudante del administrador jeneral.

Era este administrador un caballero llamado don Benito Hinos-trosa, hombre de avanzada edad, pero activo y animoso para el trabajo. Su celo en el cumplimiento de su deber, las continuas rondas que hacia de noche para evitar los frecuentes robos de piñas y de barras, y el oficio de ensayador que tambien ejercia en la máquina, quebrantaron su salud, concluyendo por producirle la gota. Vivía en la máquina con su hija Albina, que era toda su familia y cuanto poseia en el mundo.

Albina habia pasado de los dieziocho años y se encontraba en esa edad en que los sentimientos se desarrollan con fuerza en el corazon de la mujer. Era hermosa, demasiado hermosa por desgracia, y al verla se la habria juzgado de alma apasionada, mas su corazon no se habia ajitado jamas por un afecto amoroso.

Uno de los dependientes de la casa, Waldino Doncel, hombre

honrado y de corazon, la adoraba. Pero Albina concluia siempre por odiar a todo el que la hablaba de amor. Asi es que aquel hombre, víctima de su pasion, devoraba en silencio la desdeñosa aversion que la caprichosa niña se complacia en hacerle sentir.

Don Benito hablaba continuamente a su hija de lo útil que seria pensar en su porvenir. Ella siempre le interrumpia diciendo que se hallaba contenta y feliz con su cariño.

—¿No tengo para distraerme, le decia, las flores que riego y cultivo, mis canarios que me conocen y me quieren tanto? Fuera de casa, ¿no tengo a mis amigas, no bailo, rio y me divierto? ¿Cree usted que casada todas estas cosas no desaparecerian?

Su padre acababa por hallarle razon, y asi corria el tiempo.

III.

La llegada de los jóvenes vino a interrumpir esta inocente tranquilidad de Albina.

La primera mirada de Florencio la turbó. Se sintió como sorprendida en el interior de su corazon.

En la noche preguntó a su sirviente, al tiempo de recojerse:

—¿Cuál de los dos santiaguinos que han llegado hoi te parece mejor?

—El alto, señorita.

—Sí, tienes razon; y al decir esto la joven suspiró tristemente. En la hora del almuerzo, todos los de la casa, y en especial Waldino Doncel, notaron la coqueta elegancia con que Albina se habia ataviado. Vestia un traje de gasa blanco. Su cuello y brazos estaban adornados con sartas de finos corales, aderezo que por lo regular no usaba en los días de trabajo. Su cabello, arrollado en dos trenzas, prendidas hácia arriba, formaban una red sobre su cabeza. Entre esas trenzas, negras como el ébano, ella habia enredado un clavel blanco.

Esta vaporosa y sencilla vestimenta estaba en perfecta armonia con su semblante. Imajinaos una frente pura contraida por el suave ceño de una idea fija; una nariz de perfil griego; unos negros ojos rasgados, ora lánguidos, ora apasionados, cuyas largas y espesas pestañas velan el sentimiento que los anima; una boca pequeña, de espresion casi dolorosa, y todo esto realzado por un cutis finísimo, de un color impresionable, por decirlo asi, ni blanco ni moreno, ni pálido ni rosado, de ese color del sentimiento, vago, indefinible,

que toma el tinte pálido o sonrojado de la impresion que domina el alma, y que cambia con celeridad, como la superficie de las aguas al soplo de la brisa, dejando siempre en la fisonomia viva huella de la mas fujitiva emocion.

Nada mas encantador que esta niña presidiendo una mesa rodeada de hombres y haciendo los honores de la casa con gracia y desenvoltura.

Concluido el almuerzo, todos se marcharon a continuar sus tareas. Florencio y Emilio siguieron a los demas empleados. Albina, triste y preocupada, pasó al salon. Varias veces abrió el piano y lo volvió a cerrar, tomó un libro y lo arrojó antes de leer dos pájinas. Cada vez que sentia fuertes pisadas en el corredor, se acercaba a la ventana para ver quién era. Por fin sonó la campanilla que anunciaba la hora de comer. Este timbre fué a golpear en su corazon, y le arrancó acelerados latidos. Corrió a su peinador y se contempló detenidamente en el espejo. En seguida iba y venia indecisa por su aposento, hasta que su padre la avisó de que a ella sola se esperaba en el comedor.

Despues de la comida, don Benito, su hija y los dos jóvenes santiaguinos salieron a dar un paseo por las calles de saucos que circundan la máquina. La casualidad, que siempre se mezcla en nuestro destino, o talvez la majia de la inclinacion, hizo que Florencio tomara a Albina del brazo. Asi como a los niños les basta acercarse un momento para hacerse amigos francos y parleros, tambien asi a la juventud le basta una mirada, una sonrisa, unas cuantas frases cambiadas, para intimar o comprenderse.

IV.

En la noche era costumbre reunirse a la hora del té en el saloncito de Albina.

En tanto que don Benito conversaba una de estas noches con Emilio y otros empleados de la casa sobre minas, barras y ensayos, Florencio acompañaba a Albina, que tocaba el piano, y hablaba con ella de asuntos no tan prosaicos. Waldino Doncel leia junto a una mesa el PROGRESO. De improviso éste se interrumpió y dijo: ha muerto en Santiago el rico Mardonez.

—¿Qué dice usted? exclamó Florencio, aproximándose a la mesa.

—¿Cómo puede ser? añadió Emilio.

—Aquí está, contestó Waldino, entregando el diario a Florencio.

Este leyó y dijo con pesadumbre:

—¡Pobre Mercedes! ¿Cómo estará?

—Y encontrarte tú aquí! exclamó Emilio maliciosamente.

—¿Quién es esa Mercedes? Será la viuda? preguntó Albina.

—Nó, señorita, es la hija, se apresuró a contestar Emilio, echando sobre Florencio una pícara mirada y una sonrisa de inteligencia que revelaba toda una historia.

Florencio se formalizó.

Albina, pretestando un dolor de cabeza, se retiró antes de cebar el té, como tenia de costumbre.

V.

—Qué es lo que me pasa! exclamó ella, así que estuvo en su cuarto. ¡Dios mio! esto no puede ser amor. El amor causa alegría y felicidad, y yo me siento inquieta, tengo algo que me oprime el corazón... ¡Esa Mercedes! Es sin duda su prometida. ¡Cómo la ama! Le ví demudarse a la idea de lo que ella debe sufrir. ¿Si será hermosa?... ¡La ódio! exclamó levantándose con enerjia y hollando con su pequeño pié el pavimento.

Mas, ¿qué tengo que ver yo en todo eso? ¿qué hai de comun entre él y yo? Y al decir esto la niña, prorumpió en llanto. Luego continuó, enjugándose sus lágrimas: quisiera olvidarlo... Pero, ¡qué tonta soi!... ¡Pobre jóven! Nada me ha hecho: tan bueno que parece, tan simpático! Con qué ternura me decia esta tarde en el paseo que habia perdido una hermana, y que ahora que me conoce comprende cuánto la habria amado! ¡Cuán sensible es! Hasta el metal de su voz es armonioso y dulce. Lo voi a querer como a un hermano; sí, solo como a un hermano.

Y con esta idea, Albina, ya mas tranquila, se recojió.

VI.

Asi corrian los dias y los meses; Albina con su propósito de amor fraternal y Florencio vijilado de cerca por Emilio.

Una noche, despues de esa hora deliciosa del té, cuando estuvieron recojidos, dijo Emilio a su amigo:

—Te he visto mui allegado a Albina. ¡Siempre has de ser el mismo!

—Qué quieres, hombre; las mujeres son como los rayos del sol; uno no se puede librar de ellas! Aunque cerremos los ojos sentimos

su influencia. Si les cerramos las puertas del corazón para que no entren, ellas penetrarán por una rendija, sin que sea posible evitarlo.

—Cómo a mí no me sucede eso?

—Es que tú eres un estoico, un extravagante.

—Y tú un tonto. No será mucho que olvides que hemos venido aquí a hacer fortuna. Déjate de amoríos, Florencio; no sea que el padre de esta niña lo sepa y te ponga de patitas en la calle.

—No tengas cuidado, hombre! dijo Florencio, retoreciéndose el bigote.

VII.

Un día entró Florencio al salón en busca de don Benito. No hallándose éste allí, Albina, que estudiaba el piano, le recibió con amabilidad y le ofreció asiento. El la suplicó que no se interrumpiese y tocase algo. La jóven condescendió en el acto, pero era tal su emoción, que no pudo atinar con un compás.

—Está usted enferma, señorita? la dijo Florencio al verla demudada y temblorosa.

—Enferma nó, pero sufro; le dijo ella, pasándose la mano por su pálida frente.

La mirada húmeda y ardiente de la jóven y el acento tierno con que se le escaparon aquellas palabras, hicieron comprender a Florencio que era amado. Entonces, a su vez, él se sintió turbado.

Hubo un momento de silencio. Luego él la dijo, con el calor de la primera emoción:

—Feliz me creeria yo, señorita, si llegara a ser tan amigo de usted que pudiera influir en su alma y distraerla un poco... Muchas veces me he repetido esto mismo a mis solas, al verla tan triste, a pesar de su belleza.

—¡De veras! exclamó Albina con petulancia, ¿ha pensado usted en mí?

—Puede vérselo a usted una vez sin que su imájen no ocupe el pensamiento y el corazón a todas horas?

—¡Cuidado con lo que usted dice, caballero!

—Señorita, es la verdad.

—No me agrada escuchar frases dulces de una persona a quien no he de interesar jamás.

—¡Gran Dios! exclamó Florencio, dejando su asiento y acercán-

dose a Albina. ¡Usted no interesar! ¿Y me lo dice a mí? a mí que la adoro!..

—Buenos dias Albina, dijo una voz varonil en la puerta del salon. Albina, que sentada al piano daba la espalda hácia aquel lado, se volvió bruscamente, y en su semblante se pintó la contrariedad y el despecho.

—Le traigo a usted los dibujos, dijo el recién venido, aproximándose a la jóven. Usted me dirá si he acertado con su gusto. Y volviéndose a Florencio:

—Don Benito pregunta por usted, le dijo.

—Precisamente, ando en su busca. Hasta luego, señorita! contestó atolondradamente Florencio, y se marchó.

—Hasta luego! repitió ella sonriendo cariñosamente.

Así que él salió, lanzó ella una mirada severa a la persona que tenia delante: era Waldino Doncel. Este hombre, como de 40 años de edad, de elevada estatura y porte distinguido, era un buen mozo y algo más, un hombre de respeto. Sin mas defecto que el de amar a Albina, ella le odiaba.

VIII.

El fué el primero que interrumpió el silencio y la dijo:

—¡Pobre niña! Anoche avisé a su padre que me retiraba, porque queria ahorrarle a usted el disgusto que le causa mi presencia. En este momento resuelvo quedarme, y me quedo por usted.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que acabo de oír que ese mozo decia que la adoraba, y yo digo que mentia.

—¡Que mentia! exclamó Albina azorada, sin fijarse que con esa esclamacion calurosa descubria el fondo de su alma.

—¡Ah! ¡Cómo le ama! murmuró él, dejándose caer en una silla y escondiendo su frente entre sus manos.

Ella, sin cuidarse de aquel mudo dolor, le decia:

—¿Busca usted cómo mortificarme?

—Nó, Albina; por mucho que yo sufra, no la mortificaré a usted jamas. Si me avancé a decir que ese hombre mentia, fué porque estaba lejos de pensar que usted le amase. Ahora es distinto..... nada he dicho. No obstante, me quedaré para velar por usted. Presiento que ese jóven va a acibarar su vida.

—¡Raro capricho! ¿Se olvida usted que estoi al lado de mi pa-

dre, y de que no soi ya tan jóven que comprometa sin reflexion mi felicidad?

—La mujer siempre es una niña cuando el amor ha penetrado en su corazon. Por otra parte, un padre puede hacer la felicidad, pero no siempre puede evitar la desgracia de una hija. Un amigo... un buen amigo, vale a veces más que un padre.

Albina levantó lijeramente los hombros en señal de fastidio, se volvió al piano y ensayó una rápida escala.

—Una palabra más y la última, Albina. ¿Cree usted que ese jóven la hará feliz, es decir, se casaria usted con él?

Por toda contestacion, ella hizo vibrar con mas fuerza las teclas del piano.

—Está bien: ¡que Dios meta en esto su mano, y tenga en cuenta el sacrificio que hace un corazon cuando se desprende su última esperanza!

Y diciendo esto salió de allí pálido, mui pálido, pero sereno.

IX.

Asi que Albina se vió sola, corrió a la puerta y la cerró.

—Al fin estoi libre, dijo, dejándose caer en un sofá. Ya puedo pensar en él, repetir sus palabras, recordar la espresion de su semblante cuando me dijo: yo la adoro! ¡Cuán feliz soi, Dios mio! ¡Que viva siempre asi; no pido más!... ¡Yo la adoro! Esto lo habia oido repetir tantas veces, pero ni sospechaba que esta frase vulgar vendria un dia a hacer mi mundo, mi felicidad!

La jóven quedó un instante pensativa. Luego se levantó, como impulsada por una idea violenta.

—¡Oh! exclamó; si fuese cierto que él mentia! ¡Si no me amase!... Pero nó, ¡qué idea! ¿A qué habria de jugar, asi, con palabras, él, él tan sério? ¿A qué habria de arrojar sobre el corazon de una mujer la ponzoña empapada con la miel de sus labios? Y luego ¿quién le obliga a mentir?... En fin, ¿no soi bella, no veo reflejar mis encantos en los que me miran como en mi propio espejo? ¿Por qué, si hago impresion en otros, no la haria en él? Nó, él debe amarme. El me amará.

Se oyó una voz a la puerta:

—Albina, estás allí? Abre hija, abre.

Albina corrió a abrir a su padre. Este apareció todo empolvado,

con sus manos tiznadas, conduciendo cuidadosamente una delicada copela en cuyo fondo se veia una perla de filigrana de plata.

—Me ha sorprendido la hora de comer haciendo estos ensayos, dijo poniendo sobre la ventana su copela. ¡Y nadie que me desempeñe en lo menor! ¡El tal don Florencio! ha entrado aquí para tomar la mitad de mis obligaciones y pasa las horas del baño a su cuarto. Luego toma a Espronceda, y vamos declamando versos! Seria mejor, ya que nada hace, que estudiase aritmética: pues señor, ni una cuenta sabe hacer. Es un para-nada.

Esto decia don Benito, como hablando consigo mismo, al atravesar por el salon para ir a la pieza vecina. A poco volvió en traje de ir a comer. Ya Albina no estaba allí. El volvió a contemplar su ensayo detenidamente, se sonrió con un aire de indecible satisfaccion, y se dirijió al comedor.

X.

Una tarde despues de la comida, Emilio dijo a Florencio:

—Ven, tenemos que hablar.

—Hombre! será mas tarde; tengo que acompañar a Albina.

—Déjate de niñerías, Florencio, y sígueme, que te conviene.

—Con tal que no me demores, vamos allá.

Los dos amigos salieron de la máquina.

Así que Emilio se vió en la calle de sauces que hai que atravesar para internarse en la poblacion, dijo a Florencio:

—Preciso es que pensemos seriamente en nuestros intereses.

Nuestra situacion es falsa: seremos despedidos mas o menos pronto. Yo no soi capaz de continuar en el destino: ¡dónde diablos he aprendido yo teneduría de libros! De tí no digo nada: don Benito ya te ha calado. Con que así, voi a comunicarte mis proyectos.

Visito una casa de las mas respetables de este pueblo. Hai allí dos mujeres ¡oh, qué digo! dos niñas. Cada una de ellas tiene por lo menos cien mil pesos de dote. No tienen padre, y la madre es vieja y sorda. El hermano, que es el jefe de la familia, anda en el Perú. Ellas son amables y sencillas, no tienen nada de gazmoñas, y, como toda mujer, son susceptibles de dejarse halagar.

—A dónde vas a parar con este preámbulo?

Emilio continuó tranquilamente sin responder.

—He quedado de presentarte esta tarde. Tú vas a trabajar por tu cuenta y yo por la mia. No he querido ni aun decidirme hasta que tú elijas primero.

—Pero, hombre, ¿no sabes que...

—Que estás enamorado de Albina? y piensas casarte con ella?

A esto has venido a la ciudad de la plata? No le has cargado a la fortuna, en cuenta corriente, el naufragio y las horas que estuviste muerto. ¡Ser el marido de una muchacha pobre! Resignarse a vejetar con un mísero sueldo! Para eso no valia la pena de haber salido de Santiago.

—Es cierto, Albina es pobre, pero, según me dicen, dentro de poco tiempo su padre será socio del establecimiento. Por lo demás, somos jóvenes. En fin, hombre, yo tengo la convicción que he de ser rico, y lo he de ser sin que me cueste ningún sacrificio.

Florencio se mordió el labio inferior y no dijo una palabra.

Así caminaron hasta que Emilio se paró al frente de una casa de blancas paredes. Su enorme puerta, más ancha que alta, y los grotescos dibujos que la adornaban, acusaban la antigua fecha de su construcción.

En medio del patio había un jardín, y, al través de las ramas de jazmines, se divisaban las puertas y ventanas de las habitaciones.

—Aquí es, dijo Emilio, parándose en el umbral de la puerta.

—Hombre, me vas a dejar mal, estoy comprometido con Albina para acompañarla a una casa; ¿que va a decir?

—Me das pena!..... Anda, si quieres, ¡mala cabeza! que ya te pesará..... Yo te he visto ciegamente apasionado de Ines; después la cambiaste por Luisa; de ésta pasaste a Mercedes, y qué sé yo a cuántas otras. Así, mañana olvidarás a Albina o ella a tí, y entonces te acordarás de mí.

Al decir esto, Emilio le volvió la espalda y entró en el patio.

Florencio lanzó un suspiro, miró tristemente hacia el bosque de sauces que circunda la máquina, siguió a su amigo, y entró con él a la casa.

XI.

En la pieza, que hacia a la vez de antesala y de pasadizo, encontraron a una anciana sola, sentada en bajo. Delante de sí tenía ésta un brasero, y se ocupaba en silencio de cebarse su mate. Las facciones de la señora, aunque desfiguradas por la edad, eran finas y nobles. Un pañuelo de seda azul ceñía su cabeza y le cubría parte de la frente, dejando ver apenas unas hebras de cabellos blancos y brillantes. A su lado roncaba un hermoso gato de piel plomo oscuro. Se veía a su espalda un canastillo con ampos de algodón, y un

huso lleno de hilo cuyas hebras cortaba y enredaba sin piedad un perrito de los que llaman en el norte tingres.

La anciana se puso la mano ante los ojos en forma de visera, y así que reconoció a Emilio invitó a sentarse a los dos jóvenes.

—Y su salud, señora, anda bien? la dijo éste.

—Pronto han de venir; fueron a vijilar al peon que está regando la huerta.

—Le presento a mi amigo Florencio Jordan, volvió a decir Emilio en voz mas alta.

—Su pariente será este caballerito, he?

—Es mi amigo, señora.

—Ah! su hermano: por eso se parecen ustedes tanto.

Florencio miró a Emilio y tuvo que hacer un esfuerzo para conservar su seriedad. En tanto la señora se puso a gritar:

—Bartola! Bartola!

Una negrita como de diez años se presentó.

—Ven a pasar mate, haragana! la dijo con voz gruñona.

A poco puso en sus manos un gran mate de plata, obra sin duda de Lima, por el arte con que estaban cincelados dos cupidillos que le servian de orejas. La negrita anduvo con él de Herodes a Pilatos. Ya lo pasaba a los jóvenes, ya a su ama, ora a aquellos, ora a ésta, hasta que, viendo los huéspedes que la señora se obstinaba en que lo aceptasen, se resignaron, uno en pos de otro, a chupar la misma bombilla que usaba la anciana, y a tragar, sin hacer jestos, el líquido hirviente que la bombilla estraía, de ese crisol recién sacado del hornillo, que tiene por nombre mate.

Las niñas entraron a tiempo que la campana del convento de San Francisco tocaba la oracion.

—Tan bueno por aquí! dijo una de ellas, con una voz tan bronca, que, a no salir de una persona que vestia traje de mujer, se la habria tomado por la voz de un hombre.

—Este caballero será el que usted quedó de traernos.

—Sí, señorita, mi amigo Jordan.

Florencio se inclinó.

—Madre, les ha dado mate?

—Se me ha pasado un poco, contestó la señora llevando su mano a la cabeza.

—Ya hemos tomado, se apresuraron a decir los jóvenes, temerosos de que les aplicasen de nuevo el suplicio del agua y el fuego.

XII.

Estas niñas se llamaban Benigna y Dolores Ascudillos. Ambas iban ya atravesando los cuarenta. No se habian casado por culpa de su padre, segun decian cada vez que de matrimonio se hablaba. Mas decian esto de un modo tan natural y bonachon, que no daban lugar a compadecerlas.

Benigna encubria más sus años a causa de su constitucion gruesa y corpulenta. Su cutis moreno, si bien no tenia esa limpieza que tanto contribuye a formar la hermosura de la mujer, era terso, pero tan terso que dejeneraba en lustroso. El óvalo de su cara perfecto; pero sus cabellos ralos dejaban ver una ancha partidura. En sus ojos, de color castaño claro, se reflejaba su alma dulce y candorosa. Su boca, ni grande ni pequeña, se abria y se cerraba con un descuido infantil. Tan cierto es que una línea, una sombra de mas o de menos, puede hacer que aparezca bella o fea una fisonomía, que Benigna, con un cutis mejor y una lijera sombra que hiciese resaltar el perfil de su rostro, habria sido, aunque ya madura, una buena moza.

Dolores era pequeña y enjuta. La parte mas notable de su rostro era su nariz, que, aunque fina, era demasiado larga y puntiaguda. Esta nariz saliente contrastaba tanto con su boca estrecha y sus labios delgados, que la hacia aparecer vieja antes de tiempo. Mas, si su fisonomía era antipática, atraia por su chispa en el decir, por cierta gracia, mui comun entre las jentes del norte, de caracterizar a las personas con una palabra, con un apodo, con un sobrenombre epigramático.

Asi que Florencio pudo ver a estas niñas a la luz de una lámpara, que un sirviente introdujo en el salon, no pudo ménos de aterrarse y de juzgar estravagante, inaudito el proyecto de Emilio. Este, que parecia adivinar el pensamiento de su amigo, quiso llamar su atencion hácia otro objeto.

—Ven a ver, le dijo, parándose de su asiento, las curiosidades que tienen estas señoritas; y mostró con gran minuciosidad a Florencio dos mesas de arrimo cubiertas de dijes, todos de filigrana de plata, primorosamente trabajados.

ROSARIO ORREGO DE URIBE. Y—

(Continuará.)

¡Hijos del corazón! con cuánto anhelo
 En mi ansiedad de madre, pido al cielo
 Os dé propicia suerte!

Os dé por cada gota de mi llanto,
 Hora tras hora de placer y encanto;
 ¡Y a mí!... tranquila muerte.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

En efecto, allí se embelesó Florencio admirando el pavo real, el cisne, el camello, los canastillos zahumadores y una profusion de ricos pebeteros. Mas, lo que sobre todo llamó su atención, ¡fué un guapo minero de pié sobre un peñasco. Toda la vestimenta así como el combo que sostenía el nervudo brazo, eran perfectos. El viento parecía ajitar su ceñidor y echar atrás su flotante cabellera.

—Qué lindo, qué primoroso! exclamó Florencio entusiasmado, contemplando aquella figura.

—Este pobre minero está allí purgando un pecado ajeno, dijo Dolores mirando a su hermana.

—¡Cómo así, señorita! ¿Se podrá saber?

—Es un secreto de Benigna.

—Dí lo que quieras, dijo ésta con dulzura.

—Sí, sí, cuéntenos ustedes, exclamaron los jóvenes sentándose junto a Dolores.

Esta, que se desvivía por charlar, refirió así toda una historia.

XIII.

—Nuestro padre, dijo, era un caballero español mui celoso y adusto con su familia. Desde que fuimos jóvenes, mandó cerrar con mas cuidado la puerta de calle. Solo salíamos una vez al dia, a oír la primera misa en San Francisco, y ¡cuenta! que en invierno la dicen con una hora de noche. Tendría Benigna como 18 años cuan-

do, no sé cómo ni dónde, la ve un extranjero y se enamora de ella.

—Yo habria hecho otro tanto, dijo Emilio sonriendo.

—No se acredite usted de mal gusto, contestó Benigna.

Dolores continuó:

—Todas las mañanas antes de aclarar teníamos al gringo en la puerta de la iglesia. Era incansable. Si hubiera sido tan buen cristiano como fino enamorado, habria sido un santo. Un dia no pude librarme de recibirle una carta que me escurrió por entre el manton. Cuando llegamos a casa se la entregué a mi hermana.

Entonces recién conocimos que el aprender a leer puede ser útil a una mujer. Mas mi padre nunca nos lo habia permitido, sin duda para evitar estos percances. ¿Qué hacer? La curiosidad venció al temor: se la entregamos a mi madre para que nos descifrara su contenido. Ella lo que primero nos dijo fué que era preciso que mi padre no supiese nada de esto.

—Lo que desea él que esto escribe, agregó mi madre, despues que la hubo leído, es saber si Benigna le quiere pedir su mano.

Yo me encargo de contestar y de disuadir de su proyecto a este caballero; y ¡cuidado con recibir otra misiva!

Despues de este conato amoroso, nuestro hombre desapareció.

Por entonces se reunian de noche varios amigos, y entre ellos mi padre, en casa de un señor Peña. En una noche de invierno, en que casualmente mi padre no habia asistido a la tertulia, un jóven norteamericano recién llegado al pueblo fué presentado en la casa. Entrando en conversacion sobre el asunto del dia, que era los salteos y asesinatos que se cometian en el pueblo, donde no teníamos aun ninguna clase de policia, este extranjero se puso a referir mil hazañas extravagantes que enaltecian su valor. Picados en su amor propio algunos de los concurrentes, se propusieron darle un buen chasco.

Al efecto, apénas salió de allí se embozaron todos en sus largas capas, y siguieron sigilosamente tras él. Torcieron calles y calles y lo vinieron a esperar en la esquina de esta misma casa en que estamos.

¡Aun lo recuerdo! la noche era tan oscura, que no se veia un bulto a dos pasos de distancia.

Así que sintieron las pisadas del jóven, "la bolsa o la vida!" le gritan de improviso, rodeándolo y estrechándolo contra la pared. La detonacion de una arma de fuego resonó al instante, y un hombre cayó al suelo.

Al oír el tiro mi padre corrió; abrió la puerta de calle e hizo introducir en casa al herido. Luego que la luz iluminó el rostro de ese infeliz, mi padre se dió una palmada en la frente, y nosotras quedamos frías de espanto: mi padre habia reconocido a uno de sus amigos de tertulia y nosotras al inglés de la puerta de San Francisco!

Al grito que se le escapó a Juana por la sorpresa, el herido entreabrió los ojos y la reconoció.

—En dónde estoy? articuló.

Mi padre le dijo que se hallaba en casa.

—Y esta niña? replicó.

—Es mi hija, contestó mi padre.

—¡Oh, amigo! exclamó entónces en tono de reconvencion el inglés, ya moribundo. ¡Qué feliz pudiera yo haber sido con ella!

Mi padre creyó que deliraba y nos mandó salir de la pieza. Dos horas despues el desgraciado espiró, dejando a Benigna por heredera de toda su fortuna.

De esa fortuna, mi hermana, solo ha conservado para sí ese mi-nerito que se encontró en el escritorio del escelente inglés con las iniciales de Benigna.

—Y quién lo asesinó? preguntó uno de los jóvenes.

—El americano, que tomó a sus contertulios por asesinos.

Lejos estaban estos de creer que aquel hubiese pasado a casa de un conocido y pedídole una pistola, para precaverse de los forajidos que Rosas nos habia echado de este lado de las cordilleras, y que tenian en continúa alarma a Copiapó.

Poco despues de esta conversacion, Florencio y Emilio se despidieron de sus amables amigas y entraron de vuelta en su casa.

XIV.

Emilio se llevó a Florencio a su cuarto y allí renovó con mas fuerza su plan de ataque.

—¿Qué tal, Florencio? le dijo; ¿qué tal el negocio que te propongo?

—Despues de todo, contestó éste, Albina no tiene por qué concebir celos de unas niñas como las que acabamos de dejar.

—Es cómoda una futura que nos deja el espíritu desocupado y el corazon del todo libre, replicó Emilio.

—Tengo una esperanza, repuso Florencio.

—Cuál?

—Que me rechacen.

—Bah! No tengas cuidado, conozco a la mujer como si yo la hubiese formado. Déjate guiar, sé dócil, y te prometo llevarte a tierra firme. Entre tanto elije: cuál te agrada más de las dos?

—¡Me gusta la pregunta! Ninguna.

—Aguarda, dijo Emilio.

Luego tomó una pluma, escribió sobre dos papelitos y los colocó dentro de su sombrero:

—Saca uno, dijo con petulancia a su amigo.

Florencio, bajo la presión moral de Emilio, sacó uno maquinalmente.

Emilio se lo arrebató y leyó con precipitación:

—"Benigna." Esa es la tuya, le dijo, palmeándole el hombro.

No puedes quejarte de tu suerte.

Florencio arrojó el papel y salió de allí murmurando:

—¡Albina! ¡Albina!

CAPÍTULO DÉCIMO.

LA CITA.

I.

Era día domingo.

El reloj de la máquina daba las ocho de la mañana.

Los empleados del establecimiento, desquitándose de las madrugadas de la semana, disfrutaban aun del grato sueño de aquella hora.

La ventana del cuarto de Florencio se entreabrió, y se oyó la fresca voz del joven que cantaba:

Niña de los ojos negros
 Que en triste prision guardada
 Vives del mundo ignorada,
 Vives sin gloria ni amor;
 Oye ingrata mis suspiros,
 Piadosa escucha mi queja,
 Que lloro al pié de tu reja,
 Desdenes de tu rigor.

La puerta del aposento de Albina, que se encontrabafrente al de Florencio, al extremo del corredor opuesto, se abrió y ella apareció en el dintel. Al verla, Florencio, anudó lijeramente su corbata, se peinó el cabello y el bigote, salió al corredor, y se dirigió hácia ella.

—Buen día, señorita! Se va usted a misa? la dijo al verla en traje de iglesia.

—Nó, Florencio, he ido ya.

—Desearia hablar con usted, Albina; quisiera decirle cuán desgraciado me encuentro. Necesito oír su acento apasionado para no desesperar; verla sin que miradas importunas nos espíen; necesito, en fin, que usted me dé fuerza para luchar con el destino, que se interpone entre los dos.

—¡Cómo! ¡imposible! dijo Albina, meneando tristemente la cabeza.

—Albina, cuánto ha cambiado usted! Ya no me ama.

—¡Que no le amo! murmuró ella, deteniendo en los ojos de Florencio una mirada llena de emoción.

—Y si me ama ¿a qué desesperarme con un "imposible" que equivale a una repulsa?

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Tengo yo la culpa de que su amigo, que parece la sombra de usted mismo, no nos deje en libertad? ¿de que lo arranque constantemente de mi lado con absurdos pretextos para llevárselo que sé yo dónde? Cree usted que yo no sufro?

—Pues bien, Albina, dominemos la situación a fuerza de amor.

Hagámonos superiores a la envidia del uno y a los innobles celos del otro: porque Emilio envidia mi felicidad y Doncel, como usted sabe, me odia, está celoso. Venga, vamos a dar una vuelta por la alameda; allí podremos hablar mas confiados.

—No puede ser, dijo Albina; mi padre sigue enfermo en cama.

—Tanto mejor.

—Puede necesitar de mí.

—Queda la sirvienta.

—Es demasiado temprano.

—Mas tarde Doncel, Emilio y todos los demas empleados estarán en pié.

Albina se quedó pensativa.

—Pues bien, señorita; tendré el pesar de dejar esta casa sin darle mi ultimo adios.

—¿Qué me dice usted? ¿Usted dejar esta casa?

—Sí, Albina; sepa que Doncel me intriga. El trabaja con teson

cerca del padre de usted para que me despida del establecimiento.

¡Quiera Dios que usted no se halle en el secreto de esta intriga!

—¡Florencio! repuso Albina, con dignidad y en tono de reconvenccion.

—Y qué he de pensar, Albina, al ver su tenacidad para no escuchar mis confiancias?

—Pues bien, vamos, Florencio. Pero volveremos pronto, ¿no es verdad?

—Oh! sí, sí, contestó él entusiasmado.

Y ambos jóvenes se dirigieron hácia el interior del establecimiento por bajo la sombra de los sauces.

II.

La mañana era hermosa. El sol principiaba a desasirse de la cortina de nubes que por lo regular lo envuelven hasta esa hora en el norte, y apareció espléndido y ardiente; una brisa suave y aromática hacia balancear la copa de los empinados sauces. Al pié de estos gigantes de la vejetacion, se enredaban de trecho en trecho matas de mosqueta y rosas de todo el año. Lindas mariposas revoloteaban en confusion por entre esas flores casi silvestres. El silencio y la soledad de aquel sitio eran solo interrumpidos por el ruido monótono de la máquina.

Los dos jóvenes, embriagados en solitaria intimidad, dirijiéndose tiernas frases, suspirando y sonriendo a un mismo tiempo, llegaron a un gracioso bosquecillo formado por unos cuantos sauces llorones. Por lo regular, aquel lindo retrete marcaba el fin de ese paseo. Allí solia ir Florencio a reposar en las siestas calurosas, y declamaba en voz alta el «Canto a Teresa» de Espronceda. Allí tambien iban a buscar un rato de solaz los jóvenes empleados, en las tardes y hasta en las tibias noches de luna. Los troncos entrelazados de estos sauces cerraban los costados de aquella gruta, hecha al acaso por los caprichos de la naturaleza. Las ramas lánguidas cubrian la parte superior, e inclinándose hasta el suelo, formaban un pabellon de verdura.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

III.

Ambos jóvenes se sentaron sobre un banco formado dentro de la gruta.

—Albina! dijo Florencio; soi mui desgraciado. Si salgo de esta casa, usted me olvidará.

—¡Jamás! exclamó Albina con enerjia; cuento 26 años, Florencio, y a esta edad el amor es por la vida.

—Eso dice usted porque está a mi lado; porque la prestijia y arrastra la fuerza de mi pasion; pero cuando usted ya no me vea, cuando yo no pueda decirla a toda hora: ¡Albina, la idolatro! entónces...

—Nada de esto sucederá, porque yo hablaré a mi padre y usted no saldrá de aquí.

—Qué va usted a decir a su padre? exclamó Florencio alarmado.

—Seré franca, le confiaré mi amor, y entonces él comprenderá el motivo oculto por el que Doncel procura que usted se aleje de esta casa.

—Nó, Albina. No conviene por ahora que sospeche nuestro amor. Mas tarde, cuando mi situacion haya cambiado, yo mismo me dirijiré a su padre y le pediré su mano. Mas es preciso que usted me dé confianza en su cariño: ha habido momentos en que me he creído olvidado!

—La salud de mi padre me ha retenido este tiempo cerca de él.

—Y yo, ¿lo creerás? he estado celoso.

—¡Celoso! exclamó Albina riendo.

—Sí, celoso. Necesito oír de tu boca que me amas.

—Mucho, murmuró ella.

—Nó, así nó, dime como antes: "yo te amo."

—Te amo, volvió a decir Albina, con una voz tan suave, que más se asemejaba a un suspiro.

—Y yo te adoro, te idolatro! exclamó Florencio, besándola una

mano. Ah! ¡por qué no soi rico para que seas mia, para siempre mia?

—Alguien viene, exclamó Albina asustada.

—Oh! es preciso que yo te vea esta noche, Albina. Talvez mañana me ausente para siempre de aquí. Mi posicion es mui precaria. Yo debo verte antes de partir; es indispensable que esta noche te vea. A las doce, cuando todo esté en silencio, nos veremos en tu saloncito, ¿no es verdad, Albina mia? Y Florencio se arrodilló a los piés de su amada y esperó con avidez su respuesta.

—Mire usted lo que dice, Florencio, serénesse usted... ¡Llegan! Por Dios, alce usted,

—Es la voz de Doncel. ¡Viene talvez en tu busca! ¿Temes que me encuentre a tus piés? Eh! ¡Le prefiere la ingrata!!...

—Jamás, jamás.

—Pues bien, de aquí no me alzaré hasta que no me hayas dado esta prueba decisiva de tu amor. Te veré esta noche?

—Bien, pero alce usted.

—A las doce en punto.

—Sí.

Y Albina, tomando de las manos a Florencio, le forzó a levantarse.

Ya era tiempo. Emilio y Doncel se presentaron ante los dos jóvenes.

IV.

Doncel saludó a Albina como si de nada se aperciese, y la preguntó por su padre.

—Ha amanecido mejor. Voi a ver si ha tomado su caldo. Y diciendo esto, la jóven se dirijió hácia la casa.

Asi que Albina desapareció, Doncel, como continuando una conversacion interrumpida, dijo:

—¿Y tambien don Florencio?

—¿De qué se trata? dijo éste.

—Me preguntaba Doncel si es verdad que voi a casarme, contestó Emilio.

—Y qué le has dicho?

—¿Por qué ocultarlo mas tiempo? He dicho que me caso.

—¿Y don Florencio tambien? volvió a preguntar Doncel.

—Yo no pienso esclavizarme tan pronto, dijo éste.

—Vamos, jóven, sea usted franco: usted se casa.

—¿Es curiosidad o es interés por mí? contestó Florencio sonriendo y marcando el acento en la última palabra.

—Nó, señor, la cosa es mui sencilla: encontrándose enfermo don Benito y ausente el señor C., soi yo quien corre con el establecimiento. Habiendo oído de un modo positivo que ustedes se casan, quiero saberlo de ustedes mismos para buscar quien los reemplace. Este es mi deber. Supongo que ustedes en su nuevo estado no quedarán en la casa.

—No es a usted a quien debemos responder. Emilio y yo quedaremos en la Máquina hasta cuando nos acomode. Estamos aquí por voluntad del dueño y no cederemos al capricho de un subalterno.

—Se engaña usted, señor, interpretando así por un capricho lo que es un debido celo de mi parte, repuso Doncel.

—Un indebido celo, querrá usted decir, le interrumpió Florencio con sarcasmo.

Emilio se rió con su risa sardónica. Doncel impasible les dijo:

—Pues bien, señores; me esplicaré: el objeto de mi pregunta era evitarme el disgusto de hacerles saber que tengo órden espresa para hacerlos salir de la casa.

—¿Y de quién? dijo Emilio?

—Del señor don Benito.

—No es bastante.

—¿Cómo! ¿no es bastante la órden del administrador?

—Nó, porque para nada hemos contado con su autoridad, replicó Emilio.

—Necesitamos órden del señor C., replicó Florencio.

—Lo que ustedes dicen no tiene sentido, caballeros.

Y antes de oír sus respuestas, les volvió la espalda y se alejó.

V.

El día se pasó triste para los habitantes de la Máquina. Ni en el almuerzo ni en la hora de comida se presentó Albina: su padre seguía enfermo. Doncel montó a caballo y dejó dicho que no vendría hasta el día siguiente.

En la noche, mientras Emilio se vestía y perfumaba para salir, Florencio, recostado en un sofá, estaba pensativo.

—Y qué ¿no piensas tú salir?

—Déjame, hombre! Estoy en ascuas, replicó Florencio. Quisiera

retardar lo mas posible este casamiento. Mi situacion es endemoniada. Si no estuviese convencido de que el hombre pobre nada vale, serian para tí las dos novias.

—Gracias por tu jenerosidad, dijo Emilio. Mas ¡cuidado! que ya es tarde para retroceder.

—¿Qué temes?

—Todo lo temo de tu carácter débil y veleidoso como el amor de una coqueta.

—Mala idea tienes de mí; pero te engañas. Amo a Albina, es verdad; me casaria con ella si fuese rico, tambien es cierto; pero pobre, jamas! Con que ya ves si soi hombre que deje escapar una fortuna por estar haciendo el papel de romántico enamorado.

—¿A qué entonces ese aburrimiento, ese deseo de retardar lo que ya debiera estar concluido?

—Pues hombre, justo es que desee aplazar la posesion de lo que ya cuento mio, para gozar de un tesoro que voi a perder para siempre.

—Veo que das demasiada importancia a un lijero pasatiempo; es preciso estar ciego para pensar sériamente en esa mujer.

—¿No te comprendo!

—Fíjate en la conducta de ese hipócrita de Doncel para con ella.

—¿Bah! Me habias asustado. Eso es todo?

—¿Te parece poco? Un hombre que se interpone entre tú y ella que la espia, que vela bajo sus ventanas. ¿Con qué derecho hace todo esto?

—Con el que da el amor.

—Confiesas que se aman.

—Que la ama: ella me lo ha dicho.

—¿Crédulo! Te habrá dicho solo lo que la prudencia aconseja.

El está mucho tiempo aquí, es buen mozo; ¿crees tú que la chica se haya mantenido indiferente?

—Puedo asegurarte que Albina no le ha querido, dijo Florencio en tono breve y seco.

—El amor propio habla por tí; pero en fin, cree lo que quieras.

—Y tanto lo creo, que ya te he dicho: si me encontrase en otra situacion, ella seria mi mujer.

—No lo dudo; mas pronto te arrepentirias. ¡Líbreme Dios de unir a mi existencia una mujer como ésta!

—¡Oh! si la trataras con intimidad; si fueras tú su amigo, ¡cuán cumplida la hallarias!

—Cumplida! una romántica ávida de hacer efecto; una niña que exigiría de su marido mas cachemiras y aderezos que ternura; una mujer que ocupa su tiempo en leer novelas y en contemplarse al espejo!

—Pero hombre, esto de matrimonio es un juego de azar; ¿quién lleva segura la ganancia? Si la mujer es hermosa, malo; si fea, peor; si de talento, insoportable; si tonta, detestable; si es amable, nos empalaga; si al contrario, es insípida. ¡Cómo encontrarla a nuestro gusto y reunir en una sola todos los atributos imaginables! Imposible.

—No es tan difícil como te parece el escojer. Ya lo ves; yo he resuelto el problema. Y qué vida bona vamos a llevarnos una vez matrimonialos! Y mas tarde, cuando ya el bien parecer lo permita, qué de viajes hemos de emprender!

—Entiendo que viajaremos solos? preguntó Florencio.

—Por de contado! Pues hombre! lindo papel haríamos con mujeres! A mas de que no corremos riesgo de que nos olviden en la ausencia.

—Me gusta la idea, murmuró Florencio, como hablando consigo mismo. Eso es, viajaré; así quizá la olvide mas presto de lo que me imagino.

—Me voi, exclamó Emilio poniéndose el sombrero. ¿Qué digo a Benigna? que irás mas tarde, eh?

—Di lo que se te venga a la cabeza; pero esta noche no salgo.

—Ah! ya, ya comprendo; quieres anudar la conversacion interrumpida esta mañana. ¡Cuidado con Doncel! Y diciendo esto se marchó.

VI.

El reloj de la máquina daba las once de la noche. El patio estaba escasamente alumbrado por la luz de un reverbero. La sombra que éste proyectaba envolvía por completo los corredores, así como las puertas y ventanas de las habitaciones. La quietud y el silencio propios de la hora, se dejaban sentir en este departamento de la casa. Solo el ruido constante y monótono de la máquina llegaba hasta allí, contribuyendo a aumentar más la tristeza peculiar de una casa lejana de la población.

Solo en el aposento de don Benito se distinguía una luz bastante sofocada por espesas cortinas.

Días há que el pobre anciano se halla aprisionado en su lecho

por un fuerte ataque de gota. Su semblante ha enflaquecido notablemente. La vejez con todos sus estragos se pinta en su frente severa. Todo lo que de hermoso y varonil sobrevive en este semblante es una abundosa barba, larga y blanca como la de los primitivos patriarcas. Albina, apoyada en una mesita de noche, lee a Cervantes en voz alta para distraer a su padre. ¡Cuán interesante aparece Albina con su rostro tan pálido como la mano en que se apoya!

Viste el mismo traje que llevaba en la mañana. En toda su persona se nota un descuido poético y doloroso. Hai bajo sus ojos esa sombra violeta, que es casi siempre el síntoma del insomnio del alma.

—No leas más, la dijo su padre; estás fatigada.

—Como usted guste; pero, le aseguro, no me canso de leerle.

—¡Pobre hija mia! ¿Qué seria de mí sin tí? ¿Quién cuidaria de este viejo con tanta ternura y desvelo?

Ella, sin responder, se inclinó sobre el lecho y depuso un beso sobre la mano de su padre. Don Benito correspondió a esta efusion besando a su vez la cabeza de la jóven.

—Pobrecita! murmuró; vete a recojer; anda, hijita, anda, que la juventud necesita mas horas de sueño.

Albina le arregló las colgaduras y llevó la luz a su pieza.

Era ésta un pequeño retrete de niña, sencillo y elegante, inmediato al dormitorio de su padre. Ella recorrió en seguida toda la casa, mandó a la sirvienta que se acostara, y volvió a su cuarto.

Un reloj de campana tocó lentamente las doce de la noche.

VII.

—¡Las doce! exclamó sobresaltada Albina. ¡Malhaya cuando consentí verlo tan tarde de la noche! A la distancia todo aparece sencillo. No sé qué daria por no ir al salon. ¡Florencio mio! si tú me oyeras dirias que no te amo; pero te engañarias. ¡Oh! qué crueles son los hombres!

Y Albina escondió su rostro entre las manos.

Largo rato duró en esa lucha muda y terrible, hasta que un lijero golpe dado cautelosamente en su ventana la hizo volver a la realidad.

—¡Es él! exclamó, y toda la sangre se agolpó a su corazon.

La lucha se hizo decisiva. Ella trepidaba, mas un poder supe-

rior a sus fuerzas la arrastraba hácia él. Volvió a esconder su rostro entre sus manos, diciendo:

—Nó, no iré.

Un segundo golpe un tanto mas fuerte que el anterior y que llevaba el timbre de la impaciencia, resonó en la vidriera. Albina saltó conmovida por un golpe eléctrico.

—Voi, se dijo para sí; una palabra mia lo hará retirarse. ¡Qué he de poder estar tranquila a su lado, cuando me siento helada de susto! Recibiré su adios y me vuelvo al instante.

Para pasar al saloncito, Albina solo tenia que atravesar un pasadizo; mas, para llegar hasta aquí, tenia que volver a entrar al cuarto de su padre. Albina avanzó unos pocos pasos en el dormitorio de éste y escuchó. La respiracion del enfermo era tranquila: él dormia. Ella hizo más: fué a tomar su libro, y le contempló un momento.

—Perdon, padre mio! le dijo.

El aspecto noble y severo del anciano la infundió un religioso respeto mezclado de temor, y estuvo a punto de retroceder. Mas luego se dijo:

—El se va, debe ser mi esposo, quiere verme...

Y saliendo con resolucion al pasadizo, entró en su saloncito.

Una vez allí, dió luz a una lámpara que habia quedado a medio apagar; fué hácia la puerta que comunica al corredor, y con mano trémula dió vuelta a la llave.

En seguida, se dejó caer casi estenuada sobre un sofá.

Un fuerte golpe en el patio, como de un cuerpo que cae al suelo, la dejó petrificada de espanto; luego se oyeron los pasos precipitados de un hombre que corre en direccion opuesta al saloncito, y al mismo instante la puerta de éste se abrió. Ella dió un grito de espanto, y quiso huir.

—Quédese usted, señora, exclamó el recién venido; y con ademán imperioso la hizo tomar asiento. Le dije a usted, hace un año, en esta misma pieza, que me quedaba solo para velar por usted. He cumplido mi palabra: ¡la he salvado!

—¿Qué sucede? exclamó Albina sin levantar los ojos. Ese ruido...

—Es nada. He impedido que ese hombre penetre hasta aquí. Lo he arrojado como a un ladrón que hurta un tesoro; al caer ha formado un ruido que habria querido evitar por usted. El miserable, o es un cobarde, o me ha tomado por el padre de usted: ha huido!

Del espanto, Albina habia pasado a la vergüenza; comprendió que estaba bajo el poder del hombre que tenia delante; que su honor pendia de él. Con voz suave y penetrante le dijo:

—Doncel, por favor olvide esta noche fatal; tenga compasion de mí; no juzgue usted por las apariencias.

Y al decir esto, la mirada de Albina era suplicante; su actitud candorosa y fascinadora a la vez. Doncel se estremeció: jamas la habia visto tan irresistible. Mas, cobrando valor, apartó la vista de aquella mujer, que habia sido el ideal mas bello de su alma, y que en ese momento era el juguete de un impostor.

—Señorita, la dijo con acento grave; nada puede usted temer de mí. La intervencion que he tenido en lo que está pasando, bien lo sé, me hace mas odioso a sus ojos; pero debo arrostrar hasta su odio por salvarla. Yo bendigo esta casualidad providencial. Salí esta mañana para ir al encuentro de un amigo que ha llegado del Perú. En el curso de la conversacion me dijo: "ya sabrás lo que me trae a Chile."—Nada sé, le contesté.—Lee esta carta y juzga si el asunto vale el viaje. Su lectura no me sorprendió, pero le pedí la esquila, por lo que ella podria interesar a usted.

Al entrar a la casa, hace poco, vi luz en su dormitorio y distinguí afuera un bulto que parecia estar pegado a su ventana. Me detuve y esperé. Todo lo comprendí al ver a un hombre dirigirse hácia esta puerta. La indignacion me cegó. Yo traia conmigo la prueba de la infamia de ese hombre. Caí sobre él... y huyó.

Lea usted, agregó Doncel, presentando una carta a Albina.

—¡Dios mio! exclamó ella, ¿todavía más? ¿Qué quiere usted que lea? ¿para qué?

—Es preciso, Albina, lea usted.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)
